

EL ESQUELETO BURLÓN

CLARK CARRADOS

Aura emitió un agudo grito:

—¡El vampiro!

Clinton contempló el cuerpo que yacía en el féretro. Era el de un hombre de unos cincuenta años, vestido de frac y con una capa negra, de vueltas rojas, con un anillo de oro en la mano izquierda, en el que se veía una enorme piedra de refulgente brillo.

El hombre tenía los ojos abiertos. Horrorizado, Clinton vio más todavía.

Había un par de gotas rojas, como rubíes redondos, en las comisuras de los labios. Por encima del inferior, aunque no demasiado, asomaban las puntas de los colmillos superiores.



Clark Carrados

El esqueleto burlón

Bolsilibros: Selección Terror - 73

ePub r1.0

Titivillus 12.03.15

Título original: *El esqueleto burlón*
Clark Carrados, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El tiempo se presentaba tempestuoso. Sobre las cumbres de las colinas se veían nubes arremolinándose, movidas por un viento frío y desapacible, que hacía volar las hojas de los árboles. De cuando en cuando surgía un charco en alguno de los baches del camino no demasiado bien cuidado. Claro que, se dijo Clinton Phibbs, único ocupante del automóvil que rodaba en aquellos momentos por la solitaria comarca, se trataba de un camino particular y, según tenía entendido, apenas había sido usado en los últimos tiempos.

La mayor parte de los árboles estaban casi desnudos de hojas. Sólo los pinos y abetos, en las colinas, mostraban unas copas frondosas, pero su color ahora parecía casi negro, tétrico, deprimente.

Clinton se preguntó por qué diablos acudía a Penniston House. Le parecía que estaba siendo objeto de una broma de mal gusto, pero el abogado que le había visitado una semana antes pertenecía a una firma muy conocida de la City londinense y sus manifestaciones sobre la parte de herencia que había correspondido a Clinton, si bien sorprendentes, resultaban también muy convincentes.

De pronto, al volver una curva, divisó a un coche parado junto a la cuneta. Al pie del vehículo, una joven hacía señas con la mano.

Clinton detuvo el vehículo.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —dijo, cortés.

Ella sonrió. Era bastante alta, delgada, pero no esquelética, ni mucho menos, de pelo oscuro y ojos grises. Vestía un chaquetón corto, con cuello de piel, pantalones y se tocaba con un gorro de piel clara, que contrastaba agradablemente con los rizos casi negros que sobresalían al exterior.

—Mi coche se ha averiado —dijo ella—. ¿Va usted a Penniston House?

—Allí me dirijo, en efecto —contestó el viajero, a la vez que abría la portezuela para apearse—. ¿Dónde tiene su equipaje?

La joven sonrió, agradecida.

—Ha sido un encuentro providencial —manifestó, poco después, cuando Clinton puso su automóvil nuevamente en marcha—. Pronto llegará la noche y ya empieza a hacer bastante frío.

—Penniston House está sólo a dos kilómetros —dijo él—. Por cierto, me llamo Clinton Phibbs.

—Aura Sherwin. Mucho gusto, señor Phibbs.

—Encantado, *miss* Sherwin.

El camino serpenteaba ahora por la ladera de una colina, ascendiendo por una pendiente bastante inclinada. El paisaje resultaba más bien tristón, incluso fúnebre.

—Yo no viviría aquí por nada del mundo —dijo Aura de pronto.

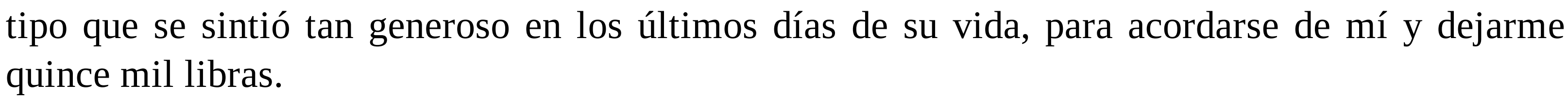
—Hubo a quien le gustaba la comarca —contestó él.

—*Sir* David Crockton, ¿no es así?

Clinton asintió con la cabeza.

—¿Le conoció usted? —preguntó ella.

—¿Yo? —Clinton rió brevemente—. Hasta hace una semana, apenas había oído hablar de este



tipo que se sintió tan generoso en los últimos días de su vida, para acordarse de mí y dejarme quince mil libras.

—Es curioso —exclamó Aura—. También yo debo heredar una suma idéntica.

—Le visitó el abogado de Crockton, ¿eh?

—Mulloney.

—El mismo que me visitó a mí. Pero, como todavía no me fiaba, hice investigaciones por mi cuenta. Mulloney es un tipo tan amigo de las bromas como las estatuas de la catedral de Westminster.

—Eso he oído yo decir también. Trabajé tiempo atrás en una oficina de la City y se lo pregunté a mí antiguo jefe. Su empresa está representada por la firma de abogados para la cual trabaja Mulloney. Mi jefe me dijo que Mulloney desconoce en absoluto el significado de la palabra broma. No se sabe de nadie que le haya visto reír jamás.

—¡Qué tipo! —Se horrorizó Clinton—. Vivir junto a Mulloney debe de ser espantoso.

—Eso no es cosa que deba preocuparnos a nosotros, señor Phibbs.

—Clinton, por favor —indicó él—. Ese tratamiento, a nuestra edad, resulta demasiado ceremonioso.

Aura le miró a hurtadillas. Clinton calculó, debía de andar entre los veintiocho y los treinta años. «Cinco o seis más que yo», pensó.

—Sí, tiene razón —convino—. A nuestra edad, el protocolo resulta absurdo.

De pronto, el joven lanzó una exclamación.

—¡Mire, ahí está Penniston House!

El coche había llegado a la cumbre de la colina, plana casi como un campo de aterrizaje, aunque de extensión mucho menor. El caserón al que se dirigían y en el que ya se divisaban algunas luces, estaba al otro lado de la explanada.

Clinton apreció que tres de los lados de la colina eran unos impresionantes farallones que caían a pico durante treinta o más metros, antes de llegar a la ladera de pendiente más suave, donde crecían los pinos y los abetos. Pero antes de llegar a la casa, a unos cincuenta o sesenta metros, había una profunda cortadura, una especie de tajo hecho por la espada de un gigante, que partía en dos la cumbre plana de la colina.

Había un puente de madera que permitía el paso por encima de la cortadura. Clinton refrenó la marcha del vehículo. Aquel barranco tenía unos quince metros de profundidad, por casi diez de anchura.

—Sin el puente, sería imposible pasar al otro lado —dijo.

Porque la cortadura se prolongaba hasta los farallones verticales, de modo que la falta del puente provocaría el aislamiento de los habitantes de Penniston House. No obstante, se dijo Clinton, sólo iba a pasar allí una noche.

Llegaron a la casa. El gran portón se abrió de pronto y un hombre bajo, achaparrado, de hombros inmensos, algo encorvado, salió a recibirlos.

—Soy Brutus, ayudante del mayordomo —se presentó—. Bienvenidos a Penniston House.

La voz de Brutus, sin embargo, era ridículamente aflautada; en modo alguno correspondía a aquel enorme corpachón. Aura estuvo a punto de soltar la carcajada al oírle, pero se contuvo,

prudentemente.

—Soy Clinton Phibbs —dijo el joven—. Ella es *miss* Aura Sherwin. Su coche se ha averiado a dos kilómetros de la casa.

—Iremos a buscarlo —aseguró Brutus—. Pasen al gran salón, por favor, luego les enseñaré sus habitaciones.

Entraron en el edificio. Lo primero que vieron, y que les sorprendió enormemente, fue un diminuto vestíbulo, cerrado con unos espesos cortinajes de color rojo oscuro. Una pequeña lámpara, suspendida del techo, iluminaba aquel reducido espacio, no más ancho que la pesada puerta de roble y de una longitud similar.

Clinton empujó la cortina. Pasaron al otro lado y se encontraron en una sala de vastas dimensiones, con muros de piedra, de los que pendían algunos cuadros de dudoso valor y ya oscurecidos por el paso del tiempo.

En la chimenea ardían unos cuantos troncos. Era una curiosa chimenea: estaba situada en el centro del salón y su campana, enorme, quedaba sostenida por cuatro columnas de piedra. El cañón se perdía en lo alto del techo, de grandes vigas de madera casi negra.

A pesar de todo, ofrecía un aspecto muy confortable. Había varios divanes en torno a la chimenea, de la que escapaba un calorcillo sumamente agradable.

Al fondo, una gran escalera en curva conducía a las habitaciones del primer piso. Había tres puertas en el salón: una bajo la escalera que debía de conducir al sótano, calculó Clinton. No podía suponer adónde daban las puertas restantes.

De pronto, una mujer se levantó y se acercó a ellos sonriendo. Hasta entonces, Clinton y Aura no se habían dado cuenta de su presencia.

—¿Herederos? —preguntó ella.

Tratábase de una mujer de unos treinta años, guapa, vistosa, muy rubia, de contornos exuberantes. A Clinton le pareció que aquella dama sabía ya cuánto era preciso saber acerca de la vida.

—Me llamo Nell Slydon —se presentó.

Clinton hizo las presentaciones. Nell dijo:

—Pronto nos avisarán para la cena. Los demás herederos han llegado ya. Después de la cena se nos leerá el testamento y las condiciones que hemos de cumplir para recibir el importe de la herencia.

—No sabía que fuera necesaria ninguna condición para cobrar la herencia —alegó Aura.

—Eso es nuevo para mí —dijo Clinton.

Nell metió la mano en el amplio escote de su vestido y sacó un papel doblado, que entregó al joven.

—Lo encontré en mi habitación, dentro de un sobre, dirigido a mi nombre. Supongo que ustedes tendrán también sus sobres respectivos —manifestó.

Clinton leyó el contenido del papel:

> *Si desea cobrar las 15.000 libras que le han correspondido en la herencia, deberá cumplir las condiciones que se le señalarán después de la cena, en presencia de los demás herederos.*

Aura leyó el papel por encima del hombro del joven. Su sorpresa era enorme.

—Los otros también tienen una carta semejante —añadió Nell.

—¿Los otros? —dijo Clinton.

—Sí. Dutt Graves, Nicky Brwil, Tania Hucker y Joshua Ewell. Somos siete herederos, ¿no lo sabían?

—Es nuevo para nosotros —contestó el joven—. Sin duda, usted debe de llevar más tiempo en la casa.

—Llegué esta mañana. Sospecho que todo debe de ser una broma, por supuesto, no fraguada por el muy serio abogado Mulloney, sino por el bromista *sir* David. En tiempos, quiero decir, cuando vivía, era un bromista de tomo y lomo.

—Muy informada está usted de algunas particularidades del caso, señorita Slydon —dijo Aura.

—Señora —corrió Nell—. Soy viuda. Sí, he hablado un poco con el mayordomo. —Lanzó una risita—. Cuando yo me lo propongo, mi interlocutor masculino, se vuelve muy locuaz, aunque sea un poste como el buen Igor.

—¿Se llama Igor el mayordomo? —preguntó Clinton.

—Igor Wassilov, descendiente de rusos blancos emigrados. Pero parece enteramente un mayordomo británico. Salvo en una cosa.

—¿Cuál? —Quiso saber Aura.

—Mujer, no se lo voy a decir —respondió Nell maliciosamente.

Clinton sonrió, mientras Aura enrojecía. Brutus llegó en aquel momento.

—Los equipajes de los señores están en sus habitaciones —anunció—. Si tienen la bondad de seguirme…

—Nos veremos durante la cena —dijo Nell—. Ah, no es preciso que se cambien de ropa. El protocolo está fuera del orden en Penniston House.

—No es mala idea —convino Clinton, mientras ponía el pie en el primer peldaño.

CAPÍTULO II

Cuando Clinton llegó al comedor, que daba a una de las puertas del salón, los demás herederos estaban ya reunidos allí. Otra chimenea, ésta de estilo gótico Windsor, daba calor al ambiente.

Clinton conoció a Dutt Graves, alto, serio, seco, muy reservado, pero con ojos oscuros y nariz aquilina, que le daba la apariencia de un ave rapaz. Nicky Brwil, para su sorpresa, era una joven. Pequeña, bajita, algo regordeta, pero muy vivaracha.

—Mi nombre es Nicolette —explicó—, pero desde pequeña, mis padres me llamaron siempre Nicky.

—Y el apellido es galés —sonrió Clinton.

—Sí, mi padre nació en Caerphilly, cerca de Cardiff. Pero muy pronto nos vinimos a Londres. El trabajo de cargador de muelle es pesado, quizá más que el de minero, pero al menos, se realiza al aire libre.

Tania Hucker era una mujer muy alta, escultural, de largos y sedosos cabellos rubios y vestido osado. Parecía una modelo y miraba con displicencia a todos los restantes. En cuanto a Joshua Ewell tenía el aspecto clásico de empleado en una oficina comercial. Era muy nervioso y aprensivo, juzgó Clinton, al verle comerse las uñas casi constantemente.

Uno de los detalles que le llamó la atención fue la gran cortina negra que dividía el comedor en dos partes, justo a la altura de la cabecera de la mesa. El tejido era sumamente espeso y no permitía ver lo que había al otro lado.

Aura llegó, discretamente ataviada con un liviano pullover azul de cuello alto y pantalones. Era la única mujer que los llevaba; respecto a Nicky, su falda era tan exageradamente corta, que al menor movimiento permitía ver las puntillas de sus pantaloncitos de encaje.

Durante unos minutos, los siete herederos comentaron los incidentes de la inesperada herencia, para la cual ninguno estaba preparado ni sabía por qué había sido elegido. De pronto, se abrió la puerta del comedor y apareció el mayordomo.

Igor era un sujeto de buena estatura, bastante fornido y de cara cuadrada. Más que un mayordomo, para Clinton, tenía aspecto de guardaespaldas, pero sus ademanes, así como sus frases, eran absolutamente correctos.

Brutus entró, portador de una enorme bandeja. Los comensales ocuparon sus puestos libremente.

—Tengo apetito —declaró Nell.

—Te conviene moderar las calorías —rió Graves.

—¿Me estás llamando gorda? —Se ofendió la mujer.

—Te lo llamarán, en todo caso, dentro de algunos años.

—Vete al diablo —refunfuñó Nell.

—Más gorda estoy yo y no me importa —exclamó Nicky—. Eso de la gordura es cosa de familia, no hay que darle vueltas. Y si no, miren todos a la señorita Hucker, delgada como un espárrago.

—Deje de meterse conmigo, por favor —pidió la aludida, con glacial acento—. A usted no le importa en absoluto, si soy gorda o delgada.

—Yo la prefiero así —dijo Ewell, embobado.

Aura sonrió para sus adentros. La sopa de tortuga, reconoció, era muy buena. Igor, impasible, se ocupaba de atender a los comensales con lo que Clinton reconoció singular pericia y notable presteza.

De pronto, Nell alzó una mano.

—Igor —llamó.

—Señora —contestó el mayordomo.

—¿Qué hay al otro lado de la cortina?

—Lo siento, señora; tengo órdenes estrictas de no revelarlo a nadie hasta que llegue el momento adecuado.

—Y ¿cuándo llegará el momento? —preguntó Clinton.

—Después de la cena, señor.

—¿De quién son esas órdenes, Igor? —Quiso saber Tania.

—Lo siento, señorita.

Tania hizo una mueca. Nell apretó los labios.

—Si el difunto *sir* David era tan bromista como aseguran, nos vamos a divertir. Puede que, en lugar de quince mil libras, nos den solamente quince mil peniques.

—Tampoco estaría mal, por una sola noche en Penniston House —dijo Ewell.

—Aún no sabemos si estaremos aquí una sola noche —terció Nicky—. Recuerden el sobre que todos encontramos en nuestras habitaciones.

—Ah, sí, las famosas condiciones —sonrió Graves—. Ya tengo ganas de conocer en qué consisten, qué hemos de hacer para ganarnos las quince mil libras.

—Venir a este rincón perdido vale bien una suma como la que usted ha citado —dijo Tania.

—Y usted, señor Phibbs, ¿no tiene nada que comentar al respecto?

—Lo único que tengo que decir es que estoy ardiendo de deseos en conocer lo que hay al otro lado de la cortina.

Varios pares de ojos se dirigieron aprensivamente hacia el fúnebre paño. Un repentino silencio sobrevino en la estancia.

El chasquido de un tronco que se había partido en la chimenea hizo dar un salto a Nell.

—Vaya susto —exclamó—. Creí que…

Ya habían tomado los postres. Igor entró y dijo:

—Les serviremos el café y los licores aquí mismo. Después, les dejaremos solos.

—Pero ¿quién nos dirá…?

Igor tozo un leve gesto, sin permitir que Ewell concluyese su pregunta.

—Ya lo oirán, señor —contestó.

El silencioso Brutus entró, empujando el carrito con el servicio de té y licores. Mientras le llenaban su taza, Graves dijo:

—Me gustaría saber quién ha cocinado, quién arreglará nuestras habitaciones… ¿Hay más servidumbre en la casa, Brutus?

—Sí, señor.

El ayudante del mayordomo se retiró, después de tan lacónica respuesta, dejando a los

herederos a solas.

Igor cerró las dos hojas de la puerta. Clinton oyó claramente el ruido de la llave al girar en la cerradura y sus aprensiones aumentaron considerablemente.

—Bueno, mientras llega el momento de escuchar las condiciones, me serviré una copa de este excelente *brandy* —dijo Nell alegremente.

Estaba con la botella en la mano cuando, de súbito sin hacer el menor ruido, se descorrió la cortina.

* * *

Sonaron algunos gritos de sorpresa. El sillón de la cabecera quedó a la vista.

Estaba ocupado por una figura humana, de la que no se podía captar ningún detalle, debido a que estaba completamente cubierta con un manto negro. El color negro del paño apenas si se diferenciaba de la segunda cortina que había a un palmo del respaldo del sillón.

Siete pares de ojos se fijaron en la inmóvil figura. De súbito, el paño ascendió a lo alto.

Nell lanzó un agudo chillido. Aura se echó hacia atrás en su silla.

Graves, situado a la derecha de la presidencia de la mesa, mascculló una gruesa interjección, sin respeto alguno para las mujeres. Clinton no pudo por menos de fruncir las cejas, tras la primera sorpresa.

Lo que el manto había ocultado hasta aquel momento era un esqueleto. Las descarnadas mandíbulas componían una tétrica carcajada, que al joven le pareció de burla por el súbito pavor de la mayoría de los presentes.

—Esto es una broma de mal gusto —dijo Ewell, el primero en hablar.

—Cuando vea a Mulloney, le machacaré las narices —gruñó Nell, algo más recobrada.

De repente, la mandíbula inferior de la calavera, se movió, y una voz brotó de aquel lúgubre hueco:

—¡Hola, amigos! —dijo el esqueleto—. Veo que la cena os ha gustado. Buen provecho. Se permite eructar.

—Horrible —murmuró Tania.

—Tipo grosero…

La mandíbula inferior de la calavera se movía al compás de las palabras que brotaban del interior de su oquedad.

—Cada uno de los presentes, en efecto, recibirá quince mil libras. Pero antes, por supuesto, debe ganárselas. El primero en actuar será Joshua Ewell.

—¿Por qué yo? —preguntó el aludido.

—¿Es que no quiere quince mil libras?

—No tengo costumbre de discutir con un esqueleto —rezongó Ewell.

Nicky soltó una risita.

—Pues tómelo como si lo hiciera todos los días, hombre —exclamó.

—Cuando suba a su habitación, señor Ewell, encontrará un plano sobre su cama. Ese plano contiene las indicaciones para encontrar los billetes que componen la suma que le ha sido

asignada —continuó la voz de la calavera—. Sígalo al pie de la letra, pero con la advertencia de que la búsqueda debe realizarla completamente solo, sin la menor ayuda por parte de ninguno de los restantes coherederos. Encuentre esas quince mil libras y… ¡disfrútelas!

—Esto no me gusta —rezongó Ewell.

—¿Tiene miedo? —preguntó Nicky, que parecía la más bulliciosa de todos los presentes.

—Necesito más aclaraciones —pidió Ewell, dirigiéndose al esqueleto.

Pero la calavera permaneció muda. De repente, Ewell se puso en pie y caminó hacia la cabecera de la mesa.

—¡Quieto! ¡No cometa imprudencias! —gritó Nell, muy impresionada.

—Alguien nos ha hablado a través de esa calavera hueca —contestó Ewell—. Hay un truco y yo quiero averiguarlo.

«Parecía un tímido oficinista, pero es más valiente de lo que yo creía», pensó Clinton.

—Por favor —rogó Tania.

Graves permaneció silencioso, lo mismo que Clinton y Aura. Graves estaba reclinado en su sillón de alto respaldo, fumando apaciblemente, como si ya nada de todo lo que ocurría le importase.

Ewell alargó la mano hacia el esqueleto y tocó uno de sus hombros descarnados. En el mismo instante, una fuerza desconocida le hizo dar un tremendo salto.

Un fuerte grito brotó de sus labios:

—¡Está electrificado!

—Eso es una precaución que ha tomado alguien para que no hurguemos en el esqueleto y descubramos el truco —dijo Graves—. ¿Ha sido fuerte la descarga?

—Bastante —rezongó Ewell, a la vez que se frotaba maquinalmente la mano derecha.

—Bueno —dijo Nell—, y ahora, ¿qué va a hacer, puesto que ya conoce las instrucciones para conseguir su parte de herencia?

Ewell vaciló.

—Es curioso —observó Clinton—. Solamente ha sido mencionado el señor Ewell, pero no se ha dicho nada acerca de nosotros.

—Los restantes coherederos recibirán sus instrucciones en el momento oportuno —habló el esqueleto nuevamente—. Mientras tanto, considérense como en su casa.

—Vaya, por lo visto, la cosa va a durar más de lo que pensábamos —exclamó Nell.

—A mí me gustaría acompañar al señor Ewell en la búsqueda de su porción de *pasta* —dijo Nicky.

—No puede ser —refunfuñó el aludido—. Bueno, les veré mañana.

Casi en el mismo instante y antes de que Ewell llegase a tocar el picaporte, se abrió la puerta.

Igor apareció en el umbral.

—¿Han quedado satisfechos los señores, de la cena? —preguntó.

—Y de la representación teatral del final —dijo Nell.

Igor se inclinó.

—Creo que no me necesitarán más. En el salón hay un aparador con licores, aparte del que cada uno de ustedes tiene en su habitación. Buenas noches, señores.

El mayordomo se alejó dignamente. Ewell, bajo el dintel de la puerta, dudó un instante y luego echó a correr escaleras arriba.

Clinton se puso en pie.

—¿Por qué no vamos a charlar al salón un rato? —propuso.

—Yo me voy a dormir —dijo Tania dengosamente.

—La acompaño —sonrió Graves.

—Pero sólo hasta la puerta de su habitación —murmuró Nell maliciosamente.

Tania alzó la cabeza como ofendida por la suposición. Sin añadir una sola palabra más, echó a andar y salió del comedor, seguida de Graves.

Nell llenó su copa de *brandy*.

—Estaremos mejor frente a la chimenea del salón —dijo.

—¿Querrá beber usted, Clinton? —consultó Aura.

—Bueno —accedió el aludido con una sonrisa.

Tenía su paquete de tabaco sobre la mesa, así como el encendedor. Al volverse para recogerlos, vio algo que le hizo respingar.

Las cortinas se habían corrido nuevamente, ocultando por completo al esqueleto.

CAPÍTULO III

El silencio era absoluto. Había empezado a llover. Las gotas de agua, agitadas por un viento bastante fuerte, repiqueteaban continuamente contra los vidrios de la ventana.

Clinton se levantó y puso un par de troncos en la chimenea.

—¿Habrá encontrado Ewell el plano que le llevará a conseguir el tesoro? —preguntó Nell.

—Hay algo que me preocupa —dijo Aura de pronto.

—¿De qué se trata? —Quiso saber Nicky.

—¿Por qué, siete personas que, aparentemente, no tuvieron la menor relación con el difunto, han sido elegidas para disfrutar de su fortuna?

—¿Completa o sólo en parte? —dijo Clinton—. Porque no sabemos a cuánto ascendía el capital de *sir* David.

—Ése es un punto que carece de importancia —alegó Aura—. ¿Ninguna de ustedes dos había oído hablar antes de *sir* David?

Nell y Nicky negaron al unísono.

—Pero Mulloney me merecía plena confianza —añadió la segunda.

—Por lo que yo sé, es un hombre de reputación intachable —dijo Clinton—. Él no se hubiera prestado a una broma de mal gusto.

—Tengo la esperanza de que un día sabremos por qué *sir* David se acordó de nosotros en su testamento —manifestó Nell.

—A mí me parece que no hemos sabido reparar en la más importante —dijo Aura—. Ewell, con la ayuda del plano que habrá encontrado en su habitación, deberá encontrar sus quince mil libras. Pero, a juzgar por lo que hemos podido apreciar, cada noche nos corresponderá el turno a uno de nosotros. Por tanto, al último le quedan aún siete noches, sin contar la presente, para recibir su herencia.

Nicky se estremeció.

—Seis noches más en este horrible caserón —exclamó.

El viento aulló fuera. Una ráfaga bajó por el cañón de la chimenea y agitó las llamas.

Nell se puso en pie.

—Me parece que voy a encerrarme en mi habitación con doble vuelta de llave —dijo—. Aunque, por fortuna, en agradable compañía.

Todos la miraron asombrados. Nell guiñó un ojo.

—No piensen mal —agregó. Según ha dicho el mayordomo del esqueleto, hay botellas en las habitaciones. Buenas noches.

—Yo también me voy a dormir —dijo Nicky—. Sin abrazarme a una botella, por supuesto.

Nell lanzó una risita.

—Querida, en ocasiones, es el mejor narcótico que conozco —contestó.

Clinton y Aura quedaron a solas. El joven arregló un poco el fuego de la chimenea.

—¿Qué opina usted, Aura? —preguntó a continuación mientras le ofrecía un cigarro.

Ella hizo un gesto de duda con la cabeza.

—Francamente, yo vine aquí, porque ese dinero me resultaba interesante, aunque no

comprendiese los motivos del testador. Pero no sé si arrepentirme.

—Penniston House es un caserón muy tétrico, y *sir* David fue un bromista. La lobreguez del ambiente puede que influya en sus sensaciones, pero creo que no hay por qué abrigar temores.

—Sí, yo también pienso lo mismo, aunque no puedo por menos que sentirme impresionada por el ambiente.

Callaron un momento. La lluvia batía ruidosamente contra los cristales. De pronto, pareció amainar. Incluso el viento se hizo menos violento.

Al cabo de un rato, Aura se puso en pie y sonrió.

—Es ya tarde, buenas noches —se despidió del joven.

Clinton quedó solo en la estancia, contemplando pensativamente el baile de las llamas en la chimenea. De pronto, recordó un detalle que hasta ahora había permanecido olvidado en su mente. *Sir* David Crockton no era el propietario de Penniston House en el momento de su muerte. Se lo había dicho el amigo que le informó sobre Mulloney, el abogado, quien, además, le había mencionado incluso el nombre del actual propietario.

Pero esto no pudo recordarlo Clinton, a pesar de los esfuerzos que hizo para ello.

La cena, abundante y sabrosa, y los licores, le habían dado sueño. Ahogando un bostezo, se puso en pie y subió a su habitación.

Durmió como un tronco toda la noche. A las ocho de la mañana, se despertó y pasó al baño. Después de aseado, se vistió, disponiéndose para bajar a tomar el desayuno.

El sol había salido y el aspecto de la comarca era enteramente distinto. Clinton estuvo contemplando el panorama durante algunos segundos, notando, de un modo subconsciente, que algo había cambiado en el paisaje.

Tardó casi un minuto. Al fin, descubrió el cambio.

Y entonces, sintió que los ojos se le salían de las órbitas. ¡El puente había desaparecido!

* * *

Salió de su dormitorio con tal ímpetu, que estuvo a punto de atropellar a una persona que caminaba por el pasillo.

—Cuidado —exclamó Tania Hucker.

—Oh, dispénseme, no la había visto…

—Parece muy preocupado —observó ella.

—Tengo motivos, señorita Hucker. El puente ha desaparecido.

Ella se echó a reír.

—Tiene usted un humor excelente, amigo mío —dijo.

—No se trata de un chiste —rezongó Clinton—. Baje al salón y asómese a la ventana.

Tania echó a correr de pronto. Nell asomó entonces a la puerta de su dormitorio.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Abajo, alguien lanzó un grito.

—¡Eh, el puente no está!

Clinton bajó la escalera a saltos. Aura salió de su cuarto al oír las voces.

Tania y Graves estaban junto a una de las ventanas del salón. Desde allí podía verse fácilmente la falta del puente.

Clinton se dirigió hacia la puerta. Apartó los cortinajes, entró en el pequeño vestíbulo y abrió resueltamente.

Los demás le siguieron en el acto. Momentos después, llegaban al borde de la cortadura.

No quedaba el menor rastro del puente, ni se veía una sola madera en el fondo del precipicio. A primera vista, parecía como si jamás hubiese habido un puente en aquel lugar.

—No podemos pasar al otro lado —dijo Aura, resumiendo el pensamiento general.

—Bueno, pero ¿es que acaso hemos soñado que había un puente aquí? —exclamó Nicky.

—Los coches están en el garaje.

—Suponemos que están en el garaje —dijo Clinton, interrumpiendo a Nell—. Al menos, Brutus se hizo cargo del mío.

Los demás concordaron en el detalle. El puente les había servido para cruzar la víspera, pero ahora ya no estaba.

—Eso significa que hemos quedado bloqueados en Penniston House —murmuró Tania.

—Lo cual no me agrada en absoluto —añadió Graves.

—Por quince mil libras, tendremos que bailar de coronilla —dijo Nicky con una risita—. Incluso puede que Tania deba bailar la danza de los siete velos.

—Es una broma de pésimo gusto —contestó la aludida de mal talante.

—Bueno, pero no pensamos en lo más interesante —intervino Nell—. ¿Cómo ha desaparecido el puente? Porque no ha llovido lo suficiente para destruirlo y, en ese caso, veríamos algunos restos en el barranco.

De pronto, Clinton creyó ver al otro lado unas huellas marcadas profundamente en el barro del camino.

—Se lo ha llevado una grúa —dijo.

—¿Un camión-grúa? —preguntó Graves.

—No puede ser de otro modo.

—Esos aparatos hacen mucho ruido. Deberíamos haberlo oído…

—¿A las tantas de la madrugada, con el viento y el agua que caía y a sesenta metros de la casa?

Hubo un momento de desconcertado silencio entre las seis personas. Tania fue la primera en romperlo:

—Gaddelly está a siete kilómetros y medio, aproximadamente. Allí hay teléfono, por lo menos —dijo.

—¿Quién se atreve a descender por la cortadura y a subir luego por el otro lado? —exclamó Nell.

—Creo que estamos olvidando lo más fundamental en estos momentos: el desayuno —exclamó Nicky, a la vez que daba media vuelta—. Quien quiera desayunar, que me siga. Regresaron a la casa. En el momento de entrar, Clinton se percató de otro detalle que, hasta entonces, les había pasado desapercibido.

—¿Dónde está Ewell?

* * *

El desayuno había sido servido en el comedor, pero ni Igor ni su ayudante hicieron acto de presencia.

Desayunaron en un sombrío silencio, apenas interrumpido por el tintineo de copas y platos. Al terminar Nicky hizo un gesto de enfado.

—Esto no me gusta —murmuró—. ¿Dónde está la servidumbre? ¿Dónde está el señor Ewell?

—¿Por qué no subimos a su habitación? —propuso Clinton.

Aura y Nell se pusieron en pie. Nicky se unió a ellos, tras una breve vacilación. Graves y Tania quedaron conversando en la mesa. Los otros cuatro subieron al piso superior y alcanzaron la puerta del dormitorio de Ewell.

Clinton llamó con los nudillos. Al no recibir respuesta alguna, hizo girar el picaporte y abrió…

El cuarto ofrecía una apariencia normal.

—No está —exclamó Nell.

—Resulta lógico —dijo Nicky—. Cobró la *pasta* y se largó.

—¿Con la noche que hacía?

—Deme a mí quince mil libras y verá cómo salgo pitando, aunque caigan piedras de a kilo.

—Pero el puente…

—Pudo irse antes de que se lo llevara esa grúa misteriosa —dijo el joven pensativamente.

—Es una teoría aceptable —convino Aura.

—En fin —suspiró Nell—, uno que ha cobrado y que ya estará disfrutando de su herencia.

—¡Buen provecho le haga! —dijo Nicky pintorescamente.

Volvieron al salón. Graves y Tania continuaban todavía en el mismo sitio.

—Ewell se ha marchado —anunció Clinton.

—Antes de la destrucción del puente, es de suponer —dijo Graves.

El joven se encogió de hombros.

—Probablemente —contestó—. ¿Han visto a Igor?

—No, no le hemos visto —dijo Tania.

De repente, alguien gritó en el salón.

—¡Ewell no se ha ido! ¡Su coche está en el cobertizo posterior!

Clinton se volvió rápidamente.

—¿Lo conoce usted? —preguntó a Nicky.

—Claro. Vine en autobús hasta Gaddelly. Iba a alquilar un taxi, cuando me encontré con Ewell y él me ahorró ese gasto. De pronto —continuó la chica—, me pareció que sería conveniente investigar en el garaje. Acerté; el coche sigue allí.

—Eso es que no se ha marchado —murmuró Aura, preocupada—. Pero, en tal caso, ¿dónde puede estar?

De repente, Clinton se volvió hacia el comedor.

—Voy a hablar con el esqueleto —dijo.

Nadie encontró desacertadas sus palabras. Todos suponían que había un receptor de radio en el

interior de la calavera. Alguien, en alguna parte, escucharía la demanda de Clinton.

El joven avanzó con paso rápido hacia la cortina y descorrió la mitad de un tirón. Graves hizo lo mismo por el otro lado.

Nell dijo:

—Vamos, señor Ewell, no sea bromista. ¿Por qué no nos ha dicho que estaba ahí mientras desayunábamos? ¿Acaso se ha divertido con nuestros comentarios?

—Señora Slydon, Ewell está muerto —dijo Clinton.

Tania oyó aquellas palabras y sufrió un leve desvanecimiento. Hubiera caído al suelo, de no haber sido por los fuertes brazos de Graves.

CAPÍTULO IV

Joshua Ewell permanecía quieto en la silla, con el rostro de cera y las manos apoyadas en el sillón. Su barbilla se apoyaba sobre el pecho, pero, aparte de ello, el aspecto era normal.

Al cabo de unos momentos, Clinton se atrevió a acercarse al cadáver.

—¿Cómo ha muerto? —preguntó Aura.

Clinton examinó el respaldo del asiento, en el que se veían algunos huecos que hubieran permitido el paso de un arma. Pero no vio la menor señal de una espada o un puñal.

De pronto, notó en el cuello de Ewell algo que no parecía lógico: un poco de cinta adhesiva asomaba fuera del cuello de la camisa.

Dominando sus aprensiones, Clinton aflojó el nudo de la corbata y separó el cuello. Luego quitó la tira de esparadrapo.

Nicky contemplaba la escena con ojos morbosos. En el cuello de Ewell se veían dos marcas triangulares, como si hubiese sufrido la mordedura de los colmillos de un animal.

—¡Ha sido un vampiro! —gritó.

Clinton respingó.

—Un vampiro —repitió.

—He visto películas de terror —declaró Nell—. La persona atacada por un vampiro, figuradamente, claro está, presenta siempre unas heridas muy parecidas a ésas.

Clinton se volvió hacía los demás. Tania, muy afectada, se había sentado en un rincón, casi vuelta de espaldas al cadáver.

—No sé si el cadáver estaría o no aquí mientras desayunábamos, pero una cosa es segura. Alguien lo ha traído. Después de matarlo, por supuesto.

—El vampiro, claro —exclamó Nicky.

Nell se puso una mano en la boca.

—Desayunar en una mesa presidida por un muerto —gimió—. Creo que voy a… voy a…

Y echo a correr precipitadamente hacia la salida. Clinton la miró con ojos conmiserativos.

De repente, Graves exclamó:

—¿Alguno de los presentes ha pensado en lo que puede haber al otro lado de esa cortina?

Su brazo señalaba hacia la pared situada a un palmo del sillón presidencial, cubierta enteramente por negros ropajes. De súbito. Graves se lanzó hacia adelante con tremendo impulso.

Se oyó un sordo golpe y un fuerte grito. Graves retrocedió tambaleándose.

Clinton saltó también, pero con más precauciones que Graves. Agarró con las dos manos sendos puñados de la tela y tiró hacia abajo con todas sus fuerzas.

Se oyó un ruido de tejidos desgarrados. Al otro lado de la cortina sólo había un muro, recio, sólido, de grandes sillares de piedra.

—No habrá venido Ewell por los aires —masculló.

—Los vampiros vuelan —dijo Nicky con una risita.

Nell entró de nuevo, muy pálida.

—¿Qué se sabe de nuevo? —preguntó.

—Nada —contestó Aura—. Sólo que sería preciso avisar a Gaddelly.

—En Penniston House no hay teléfono, me lo dijo Igor ayer, al llegar —manifestó Nicky.

—Y no podemos abandonar la casa —murmuró Graves.

—Pero podemos hacer señales desde el tejado. Tarde o temprano, alguien las verá.

La propuesta de Nell fue desechada por Clinton.

—Gaddelly no se ve desde aquí. Las colinas lo ocultan —dijo.

—Bueno, ¿y por qué diablos no buscamos a Igor? O a Brutus… o a la cocinera o a alguien de las mujeres que arreglan los dormitorios…

Clinton se volvió hacia Graves, autor de la proposición.

—Buena idea —dijo—. Vamos a ver si los encontramos. Nos separaremos y…

—Mejor sería ir por parejas —apuntó Aura.

—Está bien.

Nell se colgó del brazo de Clinton en el acto.

—Yo iré con usted, señor Phibbs, si no le molesta —dijo.

El joven hizo un esfuerzo por sonreír.

—Será un placer —aceptó.

Media hora más tarde, consternados unos, furiosos otros, pero todos, en general, algo deprimidos, llegaron a una conclusión: estaban ellos solos en la casa.

No había ni rastro de Igor ni de Brutus ni de las supuestas mujeres que se ocupaban de la cocina y la limpieza de las habitaciones.

* * *

Llovía nuevamente.

El ambiente era cada vez más lúgubre. Ni siquiera las llamas de la chimenea contribuían a borrar las sombras que se veían en los rostros de las seis personas.

A mediodía, habían tomado un ligero almuerzo, del que se habían ocupado Aura y Nicky. Nell manifestó su inapetencia de un modo inequívoco, aunque no dejaba de buscar una botella con cierta frecuencia.

Graves y Tania parecían formar rancho aparte. De cuando en cuando, cuchicheaban entre sí, aunque los otros estuviesen delante, pero nadie podía oír lo que hablaban.

Al atardecer, se habló de preparar la cena.

—¿Y dónde comeremos? —preguntó Nell.

Nadie se atrevió a responder.

—Podemos hacerlo en la misma cocina —indicó Clinton.

—Lo que debíamos haber hecho es quitar el cadáver del pobre Ewell. Hemos hablado mucho de nosotros, pero nada del muerto. ¿Es que vamos a dejarlo siempre dónde está? —exclamó Graves.

—A menos que lo enterremos, claro —dijo Nell, estremeciéndose de horror a la sola idea, no ya de hacerlo, sino de ver a los hombres cavando una tumba.

—Si lo enterramos, tenemos que clavarle una estaca de madera en el corazón. Es lo que dice la leyenda, debe hacerse con el vampiro o la persona vampirizada.

Era Nicky la que había hablado. Clinton respingó.

—¡Cómo! ¿Cree usted que Ewell está vampirizado? —preguntó.

Nicky sacó algo que llevaba oculto en el escote, colgando de un hilo.

—Un ajo —señaló—. Eso dice que ahuyenta a los vampiros. Ewell murió, atacado por un vampiro, y no tengo ganas de que despierte a la media noche y venga a sorberme la sangre.

—Tonterías —bufó Graves—. Los vampiros sólo son leyenda, no existen en la realidad.

—Por si acaso… —dijo la chica con sorna—. Y, a pesar de todo, me parece que empezaré a buscar un palo para aguzar uno de sus extremos.

—En la leña encontraremos algún palo adecuado —manifestó Nell.

—Pero ¿es que van a cometer esa barbaridad? —Se asombró Clinton.

Nicky se dirigió hacia la puerta.

—Hay una leñera junto a la cocina, afuera —declaró—. Y también un par de hachas.

—Espera, te acompaño —dijo Nell—. Yo también quiero dormir tranquila.

—Pueden acusarlas un día de mutilación de cadáveres —advirtió Clinton.

Pero ellas no hicieron el menor caso.

—Han enloquecido —murmuró Graves.

A fin de cuentas, si eso las va a permitir un sueño más tranquilo, tampoco tiene importancia —dijo Tania—. Ewell, seguro, no protestará.

Clinton meneó la cabeza. Él no creía en leyendas. Las marcas en el cuello de Ewell eran algo que no entendía muy bien; probablemente, había muerto desangrado pero no por un vampiro que le hubiese sorbido la sangre.

Nell y la chica volvieron medía hora más tarde.

Nicky tenía en la mano una estaca aguzada y un fuerte mazo de madera.

—Esto me costará una enfermedad, pero tengo que hacerlo —exclamó, resuelta.

Nell señaló dos dientes de ajo que ahora colgaban de su cuello.

—Yo también me he protegido contra los vampiros —dijo—. Nos vamos a deshacer del pobre Ewell, pero el que le chupó la sangre continúa libre.

Y acto seguido, avanzó hacia el comedor, siguiendo a Nicky, que marchaba impertérrita, como dominada por la idea fija de matar a un vampiro.

Aura miró a Clinton.

—Debería impedirlo —dijo.

—No sé —murmuró el joven—. Quizá resulte peor.

De repente, se oyó un alarido.

Clinton corrió hacia la puerta del comedor. Nell y Nicky permanecían junto a la cabecera de la mesa, de donde habían descorrido las cortinas que, durante todo el día, habían ocultado el cuerpo de Ewell.

El cadáver no estaba. Su puesto había sido ocupado por el esqueleto burlón.

* * *

La mandíbula inferior del esqueleto se movió.

—Hola, amigos —sonó la voz de nuevo—. ¿Ha ido todo bien?

—Ewell ha muerto —dijo Clinton.

—Lastimoso. Se negó a cumplir las instrucciones contenidas en el plano.

—¿Y sólo por eso han tenido que matarlo?

—Oh, no, en absoluto. Lo que pasa es que él quiso actuar de un modo distinto a como se le indicaba. Nadie sino él es culpable, créame.

—¿A quién hemos de creer? ¿Quién es usted? ¿Por qué no se hace visible?

Sonó una risita.

—Demasiadas preguntas, amigos míos —contestó el esqueleto—. Pero no tienen por qué preocuparse. Todos deben seguir las instrucciones que se les señalen. Y no salirse de ellas, por supuesto. Ah, se me olvidaba de una cosa. Dado que Ewell ha muerto, su parte se distribuirá entre los restantes herederos. Dos mil quinientas libras más para cada uno, diecisiete mil quinientas en total. Un buen pico, ¿verdad?

—Igor y Brutus han desaparecido —dijo Clinton—. No hay ni rastro de otra servidumbre. ¿Por qué nos han dejado solos?

—Tienen habitaciones cómodas y abrigadas, leña de sobra, un gran frigorífico repleto de provisiones, bebida en abundancia, ¿qué más pueden desear?

—Marcharnos de aquí —intervino Aura súbitamente.

—Lo siento. Sólo podrán irse cuando hayan todos percibido su herencia.

—Pero ¿qué es lo que se propone usted? ¿Acaso quiere matarnos a todos? —gritó Graves.

—Nada de eso —rió el esqueleto—. Se les dijo el primer día que, para cobrar su herencia, debían cumplir ciertas condiciones. Tal vez olvidé añadir que debían ser cumplidas al pie de la letra, pero es un detalle mínimo, en todo caso.

—A mí me gustaría saber cuál de nosotros va a ser la próxima víctima —exclamó Aura con vehemencia.

—¿Víctimas? ¿Por qué ha de pasar nada? Son ustedes demasiado aprensivos.

—Todavía no he visto yo uno solo de los billetes que tanto nos prometieron —refunfuñó Nicky.

—No sea impaciente, pequeña —contestó el esqueleto—. Y ahora, vamos con *miss* Hucker.

—¡Un momento! —exclamó Graves—. Yo acompañaré a *miss* Hucker en la búsqueda de su porción de herencia. Eso es algo que ella y yo hemos convenido de antemano y que haremos, sea como sea y pese a quien pese. ¿No es así, Tania?

La modelo asintió.

—Es cierto —concordó.

—Muy bien, no hay inconveniente —accedió el esqueleto—. Ya puede subir a su habitación y leer las instrucciones.

—Por favor —exclamó Clinton de repente.

—¿Sí? —dijo la voz que salía de la calavera.

—¿Dónde está el cadáver de Ewell?

Silencio.

Clinton dio un par de pasos hacia el esqueleto, pero se contuvo, pensando en la sacudida

eléctrica sufrida por Ewell. Probablemente, la corriente eléctrica no tenía demasiada intensidad, pero era lo suficientemente fuerte como para proteger al esqueleto de cualquier ataque con las manos desnudas.

—Si encontrase unos guantes de goma… —musitó.

Aura le miró y comprendió su idea.

—En la cocina, tal vez, para el fregadero y otros trabajos —indicó.

—Muy bien, vamos allá.

Tania y Graves subían hacía el piso superior. Al llegar a la puerta del dormitorio de la primera, se detuvieron.

—Espero aquí fuera —dijo él.

Tania asintió. Entró en el dormitorio y salió a los pocos instantes con un papel en la mano.

—Aquí dice:

> *El dinero está a cincuenta pasos de la casa, en dirección sur, al pie del tercer abeto, contando desde la puerta de entrada. Deberá buscarlo a partir de la media noche, ni un minuto antes.*

—¿Qué te parece, Dutt?

Graves leyó por sí mismo el mensaje. Al cabo de unos instantes se lo devolvió a su dueña. Luego consultó el reloj.

—Son las siete de la tarde —dijo—. Tenemos más de cinco horas de tiempo.

Tania sonrió.

—En tal caso, voy a cambiarme de ropa para la cena. Nos veremos dentro de media hora.

—De acuerdo.

Abajo, en la cocina, Clinton y Aura buscaban infructuosamente. Al cabo de un rato, desistieron de su empeño.

—No hay guantes de goma —dijo la chica.

—Tendremos que buscar otro procedimiento —se resignó él.

CAPÍTULO V

Tania volvió a entrar en su dormitorio y cerró la puerta. Luego se dirigió hacia el cuarto de baño.

A medida que avanzaba, se iba desprendiendo de las diversas prendas de su vestuario. Las últimas cayeron al suelo, al pie de la bañera.

El edificio y su decoración eran muy antiguos, pero los cuartos de baño eran modernísimos. Había, incluso, un espejo de cuerpo entero en una de las paredes. Tania se miró al espejo, orgullosa de su perfecta figura. Sonrió complacida, su físico iba a servirle para alcanzar la fama.

Ahora, con el dinero que iba a percibir de la herencia de un hombre al que jamás había visto y del que nunca había oído hablar, podría costearse una buena publicidad de modo independiente. Sí, publicidad, porque de otro modo, no pasaría nunca de ser una chica guapa.

Los buenos fotógrafos estaban constantemente asediados por las modelos de las que había centenares o tal vez millares como ella. Unas cuantas fotografías, avaladas por un fotógrafo de fama —o simplemente, de moda—, podían hacer más que todas las demostraciones artísticas realizadas en presencia de un agente. Ella, lo sabía muy bien, no era una gran artista, pero hoy día, para ser famosa, tampoco se necesitaba.

«Con mi rostro y mi figura, tengo más que suficiente», pensó.

Y los buenos fotógrafos, por lo menos, el que ella había elegido, no eran insensibles al dinero. Se gastaría varios miles, en el fotógrafo y en la campaña de publicidad. Y después…

Dejando de lado sus rosados pensamientos, se quitó los zapatos y entró en la bañera. Ésta se hallaba provista de mamparos de cristal traslúcido, que podían correrse, para aislar al ocupante de la bañera del resto de la habitación. Tania corrió el mamparo hasta que tocó el extremo opuesto. Se oyó un chasquido del pestillo automático.

Acto seguido, se situó bajo la ducha. Dio media vuelta a la llave y un centenar de chorritos filiformes de líquido cayeron de lo alto.

Tania abrió la boca para lanzar un horripilante alarido. Cien chorros de líquido cayeron a la vez sobre su cabeza y su piel desnuda, causándole una sensación de intolerable quemadura. Espesas nubes de humo maloliente se escaparon de su cuerpo.

Enloquecida, se abalanzó hacia el pestillo del mamparo, pero se había atrancado y no pudo abrirlo. Gritando espantosamente, golpeó con las manos el vidrio, pero éste resistió. El dolor era horrible, indescriptible. De pronto, a través de unas pupilas desenfocadas por el sufrimiento, Tania vio que la piel, en algunos sitios, se le desprendía en largas tiras.

Todo dio vueltas a su alrededor. Sus rodillas se doblaron lentamente. Ya no podía gritar. Cuando se desplomó en la bañera cuan larga era, ya había perdido el conocimiento.

El líquido continuó cayendo sobre ella. Las burbujas explotaban sordamente en su superficie. El ácido mordía la carne y la disolvía implacablemente. Cuando su mordedura llegó a las venas más gruesas, el líquido que seguía llenando la bañera, tomó un horrible color rojizo.

El aflujo de líquido cesó cuando el cuerpo de Tania quedó cubierto por completo. Un ventilador empezó a girar y despejó la atmósfera de aquel humo nauseabundo.

* * *

—De todas formas —dijo Clinton—, he de encontrar algún medio para averiguar qué hay dentro de la calavera.

—¿Por ejemplo? —preguntó Nell, con una copa en la mano.

—No lo sé. Ya idearé algo.

Graves tenía también su copa en la mano. Parecía profundamente preocupado.

Clinton se fijó en él y vio que consultaba el reloj con frecuencia. En la cocina, Aura y Nicky se ocupaban de preparar la cena.

—Señor Graves —llamó Clinton.

El interpelado alzó la cabeza.

—Eh… si, dígame, señor Phibbs.

—¿Quería hacerle una pregunta…? Si la estima indiscreta no conteste, desde luego.

Graves hizo una seña como indicando a Clinton que podía seguir.

—Gracias —sonrió el joven—. Se trata de… ¿Conoció usted a *sir* David Crockton?

—No, por supuesto.

—Es curioso. Ninguno de nosotros lo conocíamos o muy poco, en todo caso, y, sin embargo, nos ha citado en su testamento.

—Debía de ser un tipo chiflado y eligió siete nombres al azar —supuso Nell.

Clinton hizo un gesto ambiguo. Era una explicación —y no podían darse otra—, pero, por lo demás, poco convincente.

De pronto, Graves lanzó un gruñido.

—Tania se retrasa.

Clinton miró su reloj de pulsera. Faltaban quince minutos para las ocho.

—Estará terminando de arreglarse —dijo, con acento intrascendente.

«Debía de costarle mucho —pensó—. Tania era muy hermosa, pero también extremadamente sofisticada. Querría dar un golpe de efecto con algún traje nuevo».

Pasaron algunos minutos más. Nicky se asomó a la puerta.

—La cena estará a las ocho —anunció.

Nell se sirvió otra dosis de *whisky*.

—Tengo tiempo de tomar un trago —dijo riendo.

Graves se puso en pie.

—Voy a subir a su habitación —exclamó.

—Pero, hombre, no sea impaciente —dijo Clinton—. Tania es de las mujeres que quieren aparecer hermosas en todo momento.

—Nos despedimos a las siete y acordamos reunirnos aquí media hora más tarde. Ha pasado casi una hora y aún no ha aparecido.

—Por cierto —exclamó Nell—, ¿ha recibido ya las instrucciones para recoger su dinero?

—Sí. Ella tiene el mensaje. Y yo la acompañaré, como ha quedado establecido desde un principio.

Graves subió al primer piso y llamó a la puerta de la habitación de Tania. Minutos después,

volvía a bajar pálido y demudado.

—No está —anunció dramáticamente.

Clinton se puso en pie de un salto.

—¿Seguro? —preguntó.

—Hasta su equipaje ha desaparecido. Oh, se ha cometido otro asesinato en este maldito caserón…

De repente, se oyó afuera el rugido de un motor.

—¡Ahí va! —gritó Nell.

La voz de la señora Slydon llegó hasta la cocina. Aura y Nicky salieron a la carrera.

—¿Qué pasa? —preguntó la primera.

Clinton estaba contemplando en aquellos instantes al automóvil que escapaba de la casa a toda velocidad. Desde la ventana, podía ver perfectamente las luces rojas de cola que se alejaban del edificio. Los faros iluminaban el camino.

—¡Se va a estrellar! —gritó.

De súbito, el coche saltó al barranco. Hasta la casa llegó con toda claridad el estruendo del impacto. Un segundo después, se vio surgir de la hondonada un rojizo resplandor. Graves se tambaleó.

—Oh, no, no…

La mano de Aura se crispó en un brazo de Clinton.

—¿Qué le ha impulsado a hacer una cosa tan horrible? —murmuró.

El resplandor del incendio era cada vez mayor. Clinton comprendió que ya no se podía hacer nada por Tania. Aunque hubiera sobrevivido al impacto, cosa difícil después de una caída de más de quince metros, el fuego había acabado ya con la bella modelo.

De repente, Graves, reaccionando, echó a correr hacia la salida.

Temiendo una imprudencia, Clinton le siguió. El resplandor que subía del barranco iluminaba tétricamente la noche.

Pero Graves, extrañamente, no se dirigió hacia la cortadura. Clinton le vio buscar entre los árboles. De pronto, Graves se arrodilló.

Instantes después, lanzaba un agudo grito:

—¡El dinero no está!

* * *

—¿Tiene usted la seguridad de que el dinero debía estar al pie de aquel árbol? —preguntó Clinton más tarde.

Graves asintió pesadamente.

—Yo mismo leí el mensaje que Tania había encontrado en su habitación —respondió—. Y si no me cree, vaya allí y vea el hueco que hay al pie del árbol.

—No lo comprendo —dijo Aura—. Ella pudo salir y coger el dinero antes de la hora marcada, pero ¿por qué tenía que cometer la locura de escapar en su coche, sabiendo que el camino estaba cortado?

—¿No pretendería saltar al otro lado con el vehículo? —sugirió Nell.

—Es imposible. Son más de diez metros y el coche no llevaba la suficiente velocidad. Es una hazaña que sólo corredores expertos podrían realizar y ello en las mejores condiciones de visibilidad, terreno… y con coches especialmente preparados. Los nuestros, sencillamente, no pueden hacerlo, tal como está el camino —dijo Clinton.

Nicky entró en aquel momento.

—Desde luego, el coche que falta es el de Tania —informó a los presentes.

—Vamos a tener que hacer algo —dijo Graves de pronto—. No podemos permanecer aquí, esperando a que nos asesinen uno por uno.

—Y, ¿cómo salimos? —preguntó Nell burlonamente—. Yo no tengo aptitudes de alpinista… Sólo ponerme en pie encima de una silla ya me da vértigo, conque ni pensar en bajar quince metros… para subirlos después al otro lado.

—Y no hay cuerdas —añadió Aura.

—No las hemos buscado —dijo Graves.

—Un momento —exclamó Clinton—. ¿Está seguro de que Tania no se hallaba en su habitación, cuando usted fue a buscarla?

—Claro que sí, hombre —respondió Graves malhumoradamente—. Incluso toqué con los nudillos en el cuarto de baño. Es más, al ver que no me contestaba, me atreví a asomarme por la puerta. No estaba allí tampoco. Y su equipaje, insisto, había desaparecido.

—¿Por dónde bajó a buscar su coche? —preguntó Aura.

—Hay una escalera de caracol al final del corredor. Da a una puerta, que permite salir a la trasera del edificio —dijo Clinton.

Pero, de repente, se quedó muy pensativo.

—Me pregunto por qué Tania cometería la locura de escapar con el coche, sabiendo que el puente había desaparecido —dijo.

De pronto, concibió una idea. Corrió a la trasera del caserón, abrió su coche y buscó una linterna que tenía en la guantera.

Momentos después, se dirigía al barranco. El árbol señalado en las instrucciones estaba a unos veinticinco metros.

Clinton llegó al borde. Todavía salían volutas de humo del coche incendiado. La lluvia era más bien escasa y no había sido suficiente para apagar el incendio.

La linterna alumbró cuidadosamente los dos lados del barranco. Momentos después, Clinton volvía a la casa.

—Había un falso puente —dijo.

Aura abrió los ojos enormemente.

—¡Un falso puente! —repitió.

—Sí. Cuatro tablas y una lona pintada. Probablemente, ella lo vio desde su ventana. Entonces se le ocurrió ir en busca del dinero y regresó para recoger su coche.

—¿Y por qué no arrancó primero con el coche, buscó luego el dinero y después intentó el paso del barranco? —preguntó Nell.

—Póngase usted en el lugar de ella —contestó Clinton—. De haber sacado el coche en primer

lugar, hubiera tenido que dirigirse al árbol y perder un tiempo buscando el dinero. Entonces, nosotros habríamos oído el ruido del motor y nos habríamos sentido, por lo menos, llenos de curiosidad. Recogiendo el dinero sin hacer ruido, es decir, yendo primero al árbol, nadie se percataría de sus intenciones hasta que fuese demasiado tarde… Hasta que vimos el coche dirigiéndose ya hacia el falso puente.

—Y me abandonó —dijo Graves quejumbrosamente.

—¿Había algún compromiso entre los dos? —preguntó el joven.

—En cierto modo… Hablamos quedado en ir juntos a buscar el dinero.

—Yo me refería a un compromiso de otra índole. Sentimental, vamos, para que lo entienda.

—Nos aveníamos bastante. Creo… creo que habríamos podido llegar a más… Era muy hermosa —contestó Graves con acento dolido.

Aura le miró con simpatía. Nell suspiró.

—Ya no podemos hacer nada por esa pobre chica —dijo.

—Bueno, al menos, hagámoslo por nosotros, es decir, por los vivos —intervino Nicky.

Nell se puso una mano en el estómago.

—¿Cenar? ¡Horrible palabra! —se lamentó—. Creo que voy a acabar con úlcera de estómago y no precisamente por comer demasiado.

—Algo es preciso hacer —dijo Clinton—. Tratemos de estudiar la situación con serenidad, pero podemos hacerlo muy bien mientras comemos un poco.

CAPÍTULO VI

Después de cenar. Aura y Clinton se sentaron en el salón, frente a la chimenea. Nell y Nicky se habían retirado a sus habitaciones. Graves no había querido cenar.

—Me preocupa la desaparición de Tania —dijo el joven, después de encender un cigarrillo.

—La muerte, querrá decir —sonrió Aura.

—Muerte y desaparición son dos palabras que, en ocasiones, se convierten en sinónimos. En este caso, sin embargo, opino que tienen distinto significado.

—A ver, explíquese —pidió ella.

—No acabo de creer que Tania escapase con el automóvil. Cierto que parecía distante, orgullosa de su cara y de su cuerpo, pero también ponderada y equilibrada, incapaz, estimo, de un arranque como el que hemos visto. Para mí. Tania no iba en el coche.

—Entonces, ¿quién lo ocupaba?

Alguien que quiso hacernos creer que Tania moría en el automóvil. Y, por si fuese poco, éste se quemó, lo que excluye ya desde el primer momento una posible supervivencia de su conductora. Al caer, Tania podía vivir todavía y gritar pidiendo socorro. Las llamas se lo impidieron… si es que realmente conducía el automóvil.

—Es decir, usted sospecha que iba otra persona en el coche.

—Indudablemente, Aura.

—Pero, esa otra persona, ¿fue capaz de suicidarse para hacernos creer que Tania moría en el accidente?

—¿Vimos siquiera si se tiraba del vehículo en marcha, antes de llegar al barranco? La luz era muy deficiente y, de saltar, lo hizo detrás de los faros y no delante. Inmediatamente después de su salto, entró en una zona de oscuridad, lo que le permitiría escapar, Y esconderse, claro.

—Parece admisible —murmuró ella—. ¿Y dónde se escondió, Clint?

Los ojos del joven fueron hacia una puerta situada bajo la escalera.

—Aún no hemos estado en el sótano —contestó.

Aura sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—¿Sería capaz de ir allí? —preguntó a media voz.

—Creo que deberíamos hacerlo. Valdría la pena echar un vistazo a ese lugar —respondió Clinton.

—Si usted va, yo le acompañaré —exclamó ella, resuelta.

Clinton sonrió, a la vez que se ponía en pie.

—En ese caso, no perdamos más tiempo —dijo.

Echó a andar, llegó a la puerta y movió el picaporte.

—Está cerrada con llave —masculló, frustrado.

—No parece una cerradura muy sólida —opinó Aura.

—Iré a la cocina a buscar algo que la haga saltar.

El joven se marchó, para volver momentos después, con un gran cuchillo en las manos. Después de varios forcejeos, se oyó un chasquido.

El paso quedó libre. Clinton divisó un interruptor junto a la entrada, en el inicio de la escalera

que se hundía en el suelo, y lo movió.

La única lámpara que había iluminó una escalera de peldaños de piedra. Subía un olor poco agradable del interior.

Bajaron lentamente. Aura casi gritó al ver los cinco ataúdes que había en el centro del sótano, más parecido a una cripta funeraria por su forma.

Clinton sintió también un fuerte choque. Los ataúdes estaban situados sobre sendos túmulos, más alto el central que los restantes. Cuatro ataúdes parecían formar una macabra guardia en torno al situado en medio y con ciertos adornos, que le conferían una apariencia algo más lujosa.

—No sabía que hubiese una cripta funeraria en Penniston House —dijo la muchacha.

—¿Qué sabíamos de esta casa? —contestó él—. Simplemente, lo ignorábamos todo. —Bueno, yo creo que a todos nos pasó lo mismo. Recibimos la noticia de la herencia y vinimos aquí. Mulloney parecía convincente y, según usted no es un impostor.

—No, no lo es… pero acaso él mismo ignoraba lo que había aquí —dijo Clinton.

De pronto, movido por un impulso irresistible, se acercó a uno de los féretros.

—¡No lo toque! —gritó Aura.

Pero Clinton no la hizo caso. Soltó las cerraduras y levantó la tapa.

Aura lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Igor!

Clinton parpadeó, atónito.

El mayordomo estaba allí, en el ataúd, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho, en la clásica postura que señalaba de modo inequívoco la inmovilidad de la muerte.

* * *

—Estaba vivo —dijo Aura—. Nos recibió, nos acomodó en nuestras habitaciones… Nos sirvió la cena la primera noche.

—Y ahora está muerto —murmuró él, hondamente preocupado.

De pronto, se acercó al otro ataúd. Una mujer de unos cincuenta años apareció después de levantar la tapa.

—La cocinera —supuso.

El cuerpo de Brutus estaba en el tercer ataúd. En el cuarto había el de una joven bastante agraciada.

—La camarera que arreglaba nuestras habitaciones —dijo.

—Pero ¿cómo puede ser? ¿Quién los ha matado? —exclamó Aura, horripilada.

—¿Cuatro asesinatos?

Clinton se acercó al féretro ocupado por Igor. El cadáver no presentaba señal alguna de violencia.

—Quizá la herida mortal está oculta por la ropa —dijo.

Y alargó las manos para desabrocharle la chaqueta.

—No lo haga —pidió Aura, estremecida.

Pero Clinton insistió. Asió los brazos de Igor con ambas manos y los separó a un lado.

Entonces se oyeron varios crujidos. Aura emitió un grito de terror.

Clinton dio un salto hacia atrás… El cadáver de Igor se desmoronó, se quebró en mil pedazos… ¡se convirtió en polvo!

Las ropas, arrugadas, yacieron en el fondo del ataúd, mientras unas leves columnitas de humo se elevaban del mismo, con un olor poco agradable a moho muy viejo. Clinton se sentía terriblemente impresionado.

—¿Nos recibieron y atendieron unos cadáveres que vivían de un modo misterioso? —dijo.

Aura, palidísima, daba la sensación de ir a desmayarse de un momento a otro. A Clinton le daba vueltas la cabeza.

Al cabo de unos instantes, consiguió serenarse.

—Todavía falta un ataúd —dijo.

Aura asintió. Por horrible que fuese lo que iban a ver, no sería más que lo que ya habían visto.

Clinton se acercó al quinto féretro. El túmulo medía un metro de altura. Los herrajes, dorados, antiguos, eran más abundantes y de mejor calidad. Pero estaban cubiertos por la pátina del tiempo.

Los cerrojos no se movían fácilmente, aunque, al cabo de unos segundos, consiguió descorrerlos. Luego levantó la tapa.

Aura emitió un agudo grito:

—¡El vampiro!

Clinton contempló el cuerpo que yacía en el féretro. Era el de un hombre de unos cincuenta años, vestido de frac y con una capa negra, de vueltas rojas, con un anillo de oro en la mano izquierda, en el que se veía una enorme piedra de refulgente brillo.

El hombre tenía los ojos abiertos. Horrorizado, Clinton vio más todavía.

Había un par de gotas rojas, como rubíes redondos, en las comisuras de los labios. Por encima del inferior, aunque no demasiado, asomaban las puntas de los colmillos superiores.

La piel del supuesto vampiro parecía fresca. Clinton, esta vez, no se atrevió a tocarlo.

Aura tiró de su brazo.

—¡Vámonos, vámonos! —gimió.

Clinton comprendió que debían abandonar el sótano. Momentos después, llegaban al gran salón.

Aura se volvió hacia la puerta.

—Ahora queda abierta —indicó.

—Es lo mismo. De todos modos, ellos tenían la llave.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos, Clint?

Pero el joven no supo responder a la pregunta de Aura.

* * *

Necesitaban algo reconfortante. Clinton encontró *brandy* y llenó dos copas.

—¿Hemos de seguir viviendo en este horror? —dijo Aura, momentos después, cuando se sintió un poco más animada.

—¿Qué medio tenemos de salir de aquí?

Ella se mordió los labios.

—El vampiro tenía aún sangre fresca en la boca —murmuró.

Los ojos de Clinton se dilataron.

—¡Cielos! —exclamó—. No habrá…

Y, de pronto, echó a correr hacia el piso superior. Aura le siguió en el acto.

Clinton llamó a la primera puerta. Nicky abrió a los pocos momentos, con los ojos turbios de sueño.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Ha pasado algo malo?

Clinton se inclinó y miró su cuello desnudo, fuera del camisón.

—Está bien, Aura —dijo. Y se dirigió hacia la puerta siguiente.

El cuello de Nell estaba igualmente normal. Al ruido, Graves salió a la puerta de su dormitorio.

—¿Por qué ese escándalo? —preguntó, irritado.

—El señor Phibbs está haciendo de juez en un concurso de cuellos bonitos —dijo Nicky riendo desenfadadamente.

—No se trata de una broma —contestó Aura, indignada—. Hemos visto al vampiro.

Nell lanzó un grito de susto.

—¿Dónde está?

—Abajo, en la cripta, con los cadáveres de Igor, Brutus y las dos mujeres de la servidumbre.

La cara de Nicky se puso gris.

—No es posible —dijo.

—Yo iré a ver —exclamó Graves.

Volvió momentos después. Su rostro aparecía demudado.

—Es cierto —murmuró—. Pero, aparte del vampiro, sólo he visto tres cadáveres…

—Yo toqué el de Igor. Se convirtió en polvo —declaró Clinton.

Nell le miró con ojos desorbitados.

—Lo habrá soñado —exclamó.

—¿Soñar? —Clinton rió agriamente—. Pregúntele a la señorita Sherwin —indicó.

—Es cierto. Yo le acompañaba —corroboró Aura—. Y vi cómo el cadáver del mayordomo se convertía en polvo.

—Estaba muerto. Me pareció conveniente encontrar las causas de su muerte, ya que no se apreciaba nada anormal a primera vista —explicó Clinton—. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y los separé, para desabrocharle la chaqueta. Cuando lo hacía, el cuerpo empezó a desintegrarse. En pocos instantes, era un montón de polvo.

—Es cierto —intervino Graves—. Había un montón de ropas con manchas de polvo, en uno de los ataúdes. Sin embargo, hay algo que me extraña.

—¿Qué es? —preguntó Nell.

—Según se dice, cuando un cadáver se convierte en polvo al tocarlo, es señal de que esa persona ha muerto hace muchísimo tiempo, siglos, incluso. Pero, aparte de que nosotros vimos a Igor, y hablamos con él, las ropas que llevaba puestas son actuales. ¿Por qué esa contradicción?

—Era un muerto que vivía —dijo Nicky.

—No es una explicación suficiente, aun suponiendo que pueda admitirse —terció Clinton—. Yo no creo en las historias de los muertos vivientes. Más bien me inclino a pensar en que hubo, y tal vez siga existiendo, un Igor vivo. Es decir, un doble del cadáver que se ha convertido en polvo.

—Pero, en ese caso, ¿por qué vestir al cadáver con ropas actuales? —exclamó Nell—. Resulta ilógico, ya que, al tocarlo, también se habría convertido en polvo, ¿no le parece?

—Quizá resistió la primera vez, al descubrirse el ataúd, después de largo tiempo de estar cerrado. En ese caso, los agentes atmosféricos habrían tenido tiempo de ejercer su acción demoledora. Sólo faltaba el choque necesario para la transformación en polvo, ya que, de no haberlo tocado yo, como no se han tocado los demás cadáveres, todavía seguiría conservando su aspecto, digamos, normal.

—Bien, pero, todo eso, ¿para qué? —preguntó Nicky.

Clinton se encogió de hombros.

—Las bromas de *sir* David —contestó, aunque no estaba muy convencido de lo que decía.

—¿Sabemos siquiera si *sir* David ha muerto? —preguntó Aura—. Ninguno de nosotros lo ha conocido, nadie sabe nada de él, sólo lo que nos dijo el abogado Mulloney. Es posible que *sir* David siga vivo todavía y haya querido divertirse a nuestra costa.

—¿Divertirse? ¿Con dos asesinatos? —Se horrorizó Nell.

—Estamos cansados y nerviosos —dijo Clinton—. Lo mejor será que intentemos dormir.

—Y mañana procuraremos salir de aquí, como sea —propuso Nicky.

—No hay cuerdas —alegó Nell.

—Sobran cortinas —dijo Graves significativamente.

—Sí, es una buena idea —convino Clinton.

Aunque todavía muy nerviosos, se separaron para entrar cada uno en el dormitorio respectivo. Aura cerró el suyo con doble vuelta de llave, y luego empezó a desvestirse.

Sólo pudo quitarse el *pullover*. De pronto, a lo lejos, oyó un aullido escalofriante.

Era un grito animal y sonaba muy lejos. A la muchacha le pareció el aullido del jefe de una manada de lobos hambrientos. Sintió terror y volvió a vestirse. Luego corrió a la puerta del dormitorio de Clinton.

CAPÍTULO VII

—Tengo miedo —confesó sin ambages.

Clinton la miró un instante. Luego se apartó a un lado.

—Entre —invitó.

Aura entró y se apoyó en la puerta. Su pecho subía y bajaba con rapidez.

—He oído el aullido de un lobo —dijo.

—A mí me ha parecido oírlo, pero creí que sería una ilusión. Todos tenemos los nervios tirantes, a punto de estallar.

—Era un lobo, Clint, un lobo…

—Cálmese —aconsejó él—. Ahora ya no podemos hacer nada. Es preciso aguardar a que amanezca.

—Una noche más en esta horrible mansión —se estremeció ella.

Clinton sonrió, a la vez que señalaba su cama.

—Acuéstese allí —dijo—. Yo dormiré en uno de los sillones. Y si lo necesita, le prestaré un pijama.

—No, no hace falta… Gracias, dormiré vestida. Si puedo dormir.

—Podrá, mujer —sonrió él—. Con su permiso, voy a lavarme los dientes.

Clinton entró en el cuarto de baño. Aura permaneció en pie, irresoluta.

Empezaba a pensar que había obrado con cierta irreflexión. Aunque el aullido del lobo fuese cierto, no era como para molestar a un vecino, se dijo.

De pronto sonó una fuerte interjección en el cuarto de baño.

Aura se alarmó:

—¡Clint! —llamó.

El joven apareció en el acto.

—Creo que hemos pasado por alto un detalle —dijo.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Graves, al mencionar la desaparición de Tania, dijo que había entrado incluso en el cuarto de baño.

—Es cierto —convino la muchacha.

—Pero ¿miró dentro de la bañera?

—¿Qué quiere decir, Clint?

—Venga —indicó él, a la vez que hacía un gesto con la mano.

Ella le siguió. Clinton señaló el mamparo de vidrio traslucido, que servía para evitar que el agua salpicase fuera de la bañera, sobre todo, al ser empleada la ducha.

El mamparo estaba corrido. Clinton extendió el brazo.

—Su cuarto de baño es, supongo, igual a éste —dijo.

—Sí, desde luego.

—El de Tania debe ser también idéntico. Supongamos que hay una persona tumbada en la bañera, no sentada, digo tumbada, ¿entiende?

—No se vería, Clint —exclamó Aura.

—Probablemente, es lo que le pasó a Graves. Entró en el cuarto de baño, pero no pasó de la puerta. ¿O dijo que se asomó únicamente?

—Es lo mismo. —De repente, Aura sintió un escalofrío de terror—. ¿Estará allí el cadáver de Tania?

Clinton la miró fijamente.

—¿Se atrevería a venir conmigo?

Aura inspiró fuertemente.

—Sí —contestó.

Muy bien, no perdamos tiempo.

Aura se sintió algo más tranquila al notar el contacto de la mano masculina en el brazo. Salieron al corredor, pasaron por delante de dos puertas y llegaron a la tercera.

Clinton abrió. Encendió la luz y, resuelto, avanzó hacia el cuarto de baño. De pronto, percibió un débil olor que no tenía nada de agradable.

Arrugó la nariz. Llegó al baño y se asomó a la puerta.

El mamparo estaba corrido. Clinton lo hizo deslizarse a un lado.

—La bañera está vacía —exclamó Aura.

Aquel olor persistía en el ambiente, a pesar de que no era muy intenso. De pronto, Clinton vio algo en el fondo de la bañera.

Era un grueso anillo de metal, con una piedra bastante aparatosa, pero falsa.

—Se lo vi a Tania en la mano —dijo, a la vez que se agachaba para recoger el anillo.

De pronto, lanzó un grito, al mismo tiempo que retiraba la mano vivamente.

—¿Qué le pasa? —Se asustó Aura.

Clinton se volvió hacia ella.

—La sortija está aún húmeda —contestó—. No sé qué líquido será, pero me ha quemado las yemas del índice y el pulgar.

Aura se puso espantosamente pálida. Clinton trató de conservar la serenidad.

—¿Tiene una horquilla en el pelo? —preguntó.

Ella asintió, a la vez que levantaba ambas manos. Clinton dobló la horquilla convenientemente y así pudo sacar el anillo de la bañera.

Luego lo puso bajo el grifo del lavabo. A los pocos momentos, podía tocarlo sin daño alguno.

—Clint, está pensando en algo horrible —adivinó Aura.

—Sí —murmuró él, hondamente preocupado.

—Pero ¿por qué? —gimió ella—. ¿Por qué quieren cometer todas estas salvajadas con nosotros?

Clinton no contestó por el momento. Aura le vio profundamente pensativo.

De pronto, Clinton echó a andar hacia la puerta.

—Aguárdeme un momento —pidió.

—No —exclamó ella, temblando de pánico—, no quiero quedarme sola ni un momento más. Iré con usted a todas partes, donde sea…

Clinton asintió comprensivamente. Agarró por el brazo a la muchacha y la hizo salir del dormitorio.

El edificio estaba sumido en un completo silencio. Clinton se preguntó de dónde provenía la luz, ya que no parecía haber conexión con ninguna central. Habría algún generador en cualquier rincón del edificio, pero ¿quién cuidaba del artefacto? ¿Quién reponía el combustible para que estuviese funcionando en todo momento?

Era extraño, se dijo. Por muy bien insonorizado que estuviese el generador, en alguna ocasión debían escuchar el ruido del motor. Incluso el humo de escape, aunque tenue, debía verse salir por alguna parte.

Lo investigaría al día siguiente, se prometió.

Momentos después, llegaban a la cocina. Clinton buscó en la alacena donde se guardaban las latas de conserva que no precisaban del refrigerador.

Momentos después, abría una lata de carne. Con la ayuda de un cuchillo, vertió algunos trozos en un plato. Luego miró a Aura.

—Tendrá que ser fuerte… si todo sale como yo pienso —dijo.

Ella asintió sin decir una sola palabra. Cuando ya iban a salir, Clinton pensó que sería conveniente llevar el resto de la carne en otro plato.

Regresaron al cuarto de baño que había sido de Tania. Clinton puso uno de los platos directamente bajo el chorro de la ducha. Luego hizo girar la llave, a la vez que retiraba la mano con presteza, a fin de evitar alguna salpicadura de líquido.

El humo se elevó del plato apenas cayeron las primeras gotas. Aura se sintió acometida por unas náuseas espantosas.

El humo, del que se desprendía un hedor imposible de soportar, se disipó bien pronto.

Clinton creyó comprender las causas.

—Ya se ha agotado el ácido —dijo—. Lo que cae ahora es agua.

Ella le miró con ojos lastimeros.

—Entonces… Tania… ha muerto disuelta en el ácido.

Clinton cerró la llave del agua.

—Sí. Un ácido potentísimo, que ha disuelto su cuerpo en pocas horas. —Consultó su reloj—. Justamente, las que median entre las siete de la tarde, hora en que se separó de Graves, y las dos y unos minutos, que son ahora.

—Siete en total.

—Sí.

Sobrevino un espacio de silencio.

—¿Cree que la golpearon antes de meterla en la bañera llena de ácido? —preguntó ella al cabo.

Clinton hizo un gesto de duda.

—No lo sé, aunque, en todo caso, ¿quién lo hizo? Acaso la bañera estaba preparada en los dos sentidos, es decir, para baño y ducha, de modo que el ácido saliera por el grifo o por la regadera. Me inclino a creer en una ducha rápida; hemos de tener en cuenta que debía reunirse con Graves treinta minutos más tarde. Para un baño, hubiera necesitado mucho más tiempo.

—Eso significa que sintió en vivo las quemaduras del ácido.

—Muy probablemente, Aura.

—Pero ¿por qué no salió? ¿Por qué no gritó, pidiendo socorro?

—Seguro que gritó, pero si el baño y su dormitorio estaban cerrados, nadie la oyó.

—¿Y no escapó de la bañera?

—Quizá lo intentó, pero ya no tuvo tiempo. Piense que, en el transcurso de unos pocos segundos, le cayeron encima varios litros de ácido. Quizá fue suficiente para que se desvaneciera poco menos que instantáneamente. El mamparo sólo deja un hueco de la mitad del largo de la bañera y la ducha está al fondo. Incluso pudo asomarse, pero perdería ya el sentido.

—Y la bañera continuó llenándose —añadió Aura.

—Sí, pero luego sucedió algo.

—¿Qué, Clinton?

—Alguien la vació.

Aura sintió que algo parecido a una corriente de agua helada le corría por la espalda.

De pronto, sin poder contenerse, se apoyó en el joven.

—Tengo un pánico espantoso —murmuró.

Clinton la atrajo contra su pecho.

—Es preciso ser fuerte —dijo—. Mañana encontraremos el medio de abandonar este caserón, llegar a Gaddelly y contar lo que ha sucedido a las autoridades.

—Los otros deben saberlo también —dijo ella.

—Por supuesto. Vámonos.

* * *

Aura se habla dormido al fin. Clinton, sentado en un butacón, trataba de conciliar el sueño. Su mente era un torbellino, en el que giraban vertiginosamente los acontecimientos sucedidos en Penniston House y los cuales no encontraba explicación posible.

De pronto, oyó un ligero repiqueteo en la puerta.

Se puso en pie, tratando de espabilarse. Abrió una rendija y vio a Nell al otro lado.

—Tengo que hablarle —cuchicheó la mujer.

—Sí, señora Slydon…

—Aquí, no; en mi cuarto. Ya sé que Aura está ahí; tiene miedo a quedarse sola, por lo visto.

Clinton hizo un gesto de aquiescencia.

—Venga —insistió ella.

Y tiró de la mano del joven. Clinton la siguió, dándose cuenta del olor a alcohol que se desprendía del aliento de Nell.

Ella vestía camisón y bata, muy livianos y sugestivos. Al llegar a su dormitorio, destapó una botella y llenó dos copas.

—He dormido un poco, pero me he despertado y no tenía sueño —confesó—. Beba un poco; esto nos ayudará a pasar el tiempo.

—Yo creí que quería hablarme —le recordó él.

Nell rió suavemente.

—Podemos hablar —convino—. De todo lo que quiera. Por ejemplo, ¿qué es usted? ¿A qué se

dedica?

—¿Cuál es su profesión, Nell? —preguntó.

Clinton contempló pensativamente su copa.

—¿Cómo quiere que le responda? ¿Sinceramente o con eufemismos?

—A su gusto, no tengo inconveniente.

Nell despachó de un trago el contenido de su copa.

—Es cierto que soy viuda. Me casé joven; a los dieciocho años. Un año después, mi marido se mató con el coche. Decidí que no valía la pena casarse.

—Y siguió libre…

—Encadenada provisionalmente a algún amable caballero que deseaba compañía por algún tiempo. Pero ya empiezo a cansarme… de la profesión.

—Entiendo.

—A *sir* David estuve *encadenada* casi dos años. Era un tipo simpático y generoso, sobre todo.

—Tenía entendido que no lo conocía —dijo Clinton.

—Nunca dije nada sobre el particular —rió ella—. Simplemente, no lo mencioné ni comenté el asunto cuando los otros lo mencionaban.

—En ese caso, encontró lógico que *sir* David se acordase de usted en el testamento.

—Por supuesto, aunque no esperé que fuese tan generoso. Pero lo que sí me extrañó es que, para cobrar la herencia, tuviese que desplazarme hasta Penniston House.

—¿Por qué?

—Estuve con *sir* David en todas sus propiedades, incluso en su casa de Londres. Era viudo desde hacía muchos años.

—¿Y…?

Nell volvió a llenar su copa.

—Dave, yo le llamaba así, ¿comprende?, nunca mencionó ni dijo jamás nada acerca de Penniston House.

—Pudo ser un olvido.

Nell soltó una risita.

—Es posible, aunque me extraña. En resumen, alguien nos ha traído aquí para asesinarnos, con el señuelo de las quince mil libras —contestó.

—Nell, todo crimen reporta un provecho al criminal. ¿Cuál es el provecho que el asesino piensa sacar de nuestras muertes?

Ella vaciló de pronto.

—Me… me parece que he bebido demasiado —dijo.

Clinton la tomó en brazos y la llevó a la cama. Nell se agarró a su cuello frenéticamente, pero él consiguió romper el abrazo finalmente.

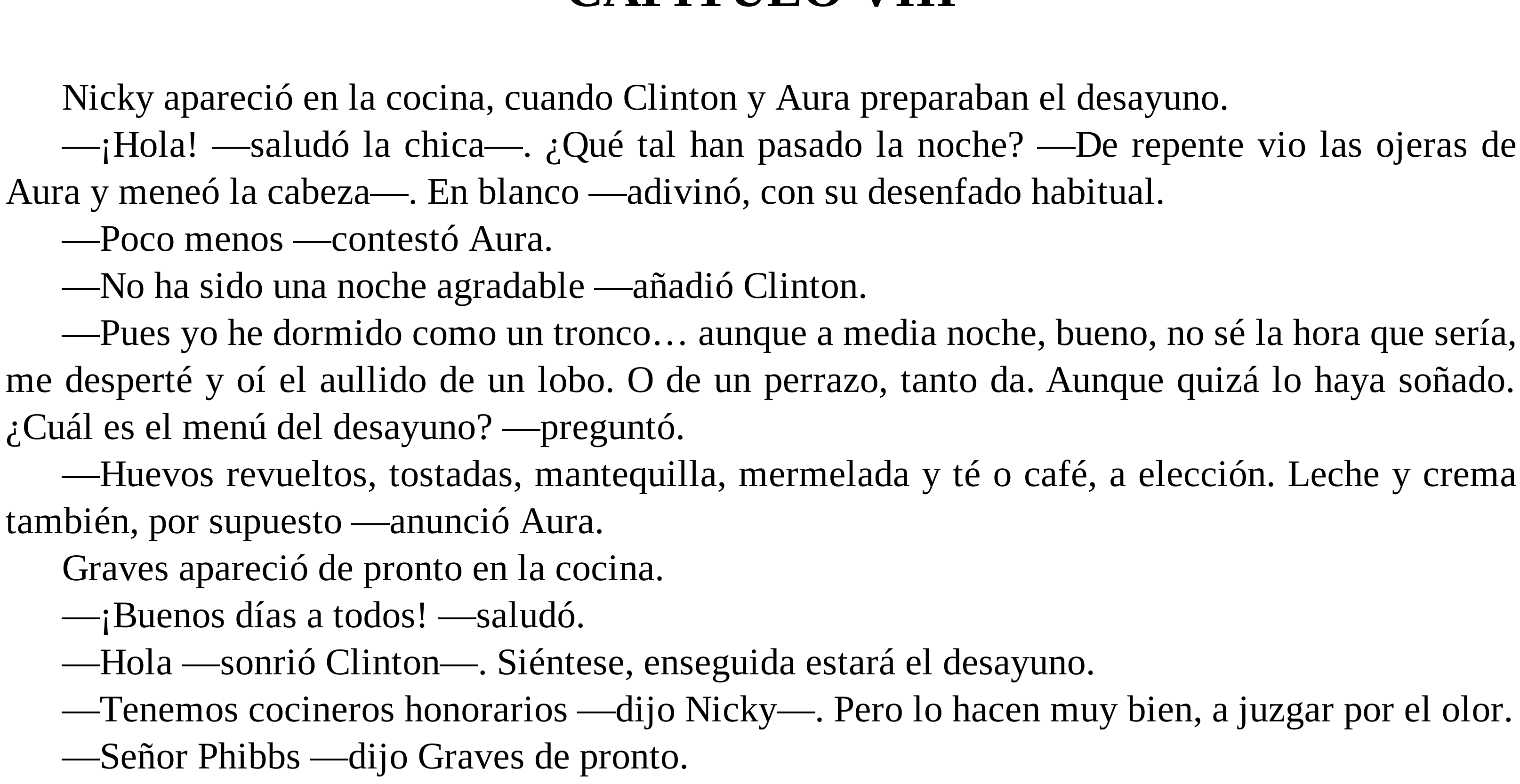
—Es mejor que descanse, Nell —aconsejó.

Ella seguía tendiéndole los brazos.

Clint, por favor, ven…

Pero, en aquellos momentos, lo que menos sentía Clint eran deseos de una aventura amorosa. Apagó la luz desde la puerta y salió.

CAPÍTULO VIII



Nicky apareció en la cocina, cuando Clinton y Aura preparaban el desayuno.

—¡Hola! —saludó la chica—. ¿Qué tal han pasado la noche? —De repente vio las ojeras de Aura y meneó la cabeza—. En blanco —adivinó, con su desenfado habitual.

—Poco menos —contestó Aura.

—No ha sido una noche agradable —añadió Clinton.

—Pues yo he dormido como un tronco… aunque a media noche, bueno, no sé la hora que sería, me desperté y oí el aullido de un lobo. O de un perrazo, tanto da. Aunque quizá lo haya soñado. ¿Cuál es el menú del desayuno? —preguntó.

—Huevos revueltos, tostadas, mantequilla, mermelada y té o café, a elección. Leche y crema también, por supuesto —anunció Aura.

Graves apareció de pronto en la cocina.

—¡Buenos días a todos! —saludó.

—Hola —sonrió Clinton—. Siéntese, enseguida estará el desayuno.

—Tenemos cocineros honorarios —dijo Nicky—. Pero lo hacen muy bien, a juzgar por el olor.

—Señor Phibbs —dijo Graves de pronto.

—¿Sí? —contestó el aludido.

—He estado pensando durante gran parte de la noche. No podemos consentir que esto siga así.

—De acuerdo. ¿Cuál es su plan?

—Construir una soga. Hay cortinas en abundancia. Yo bajaré a la barrancada y subiré por el otro lado. Luego iré a Gaddelly y avisaré a las autoridades.

—Me parece muy bien —aprobó Clinton—. Sobre todo, teniendo en cuenta que se ha cometido otro asesinato.

Nicky lanzó un chillido.

—¿Quién ha muerto? Ah, la señora Slydon…

—No. Hablo de Tania Hucker.

—Murió con el coche —dijo Graves.

—Eso es lo que los asesinos quisieron hacernos creer. La forma en que murió Tania fue muy distinta.

—¿Tiene pruebas? —preguntó Graves.

En silencio, Clinton puso sobre la mesa el anillo encontrado en la bañera.

—¡Era de Tania! —exclamó Graves.

—¿Lo reconoce usted?

—Sin ningún género de dudas. Pero ¿dónde diablos lo ha sacado?

—Antes de contestarle, me gustaría saber qué clase de relaciones les unían, señor Graves —dijo Clinton.

Hubo un momento de silencio. Aura miró a Graves y le pareció que se sentía muy incómodo.

—¿Y bien? —murmuró el joven.

—Tania y yo. Bueno, yo era su agente artístico y me despidió hace algunos meses. Ella quería ser independiente; lo poco que era, me lo debía a mí —confesó Graves—. Volvimos a

encontramos aquí y… Yo quería que nos uniésemos de nuevo; ella se negaba y… ¡Pero no van a pensar que yo fui su asesino! —gritó.

—No, en absoluto —contestó Clinton—. ¿Conoció usted, o sabe si ella había conocido a *sir* David Crockton?

Graves bajó la cabeza.

—Fue su amante durante seis meses, aproximadamente —contestó—. Por eso me dejó a mí.

—Y usted, ¿qué relación tuvo con *sir* David?

Traté de emplearme a su servicio, pero no pude soportar el espectáculo de aquel horrible viejo y Tania.

—Por lo que yo sé, *sir* David no tenía nada de horrible viejo. Era un caballero bien conservado de unos cincuenta y cinco años…

—¿Qué importan unos años más o menos? —barbotó Graves—. Yo amaba a Tania y ella se dejó deslumbrar por el oro que le enseñó Crockton.

—Sin embargo, el tratamiento que se daban aquí era más bien ceremonioso —observó Nicky agudamente.

—Era… bueno, habíamos empezado así desde el primer momento en que volvimos a vernos, sin ponernos de acuerdo verbalmente, aunque si de un modo tácito. Aunque ya no nos tuteábamos en presencia de extraños, yo quería que ella volviese a… Bueno, pero aún no me ha dicho de dónde ha sacado el anillo de Tania —dijo Graves.

—De la bañera en que, llena de ácido, se disolvió su cuerpo.

Nell Slydon llegaba en aquel momento. Oyó aquellas palabras y corrió al fregadero, para llenar un vaso de agua y beberse el contenido de un solo trago, sin respirar siquiera.

* * *

Ceñudo, con los labios prietos. Graves, seguido de Clinton y las tres mujeres, se dirigió hacia el barranco, portador de la soga elaborada entre todos con los cortinajes cortados en tiras.

La tarea no había sido corta, debido a que Graves había insistido en que se efectuase a conciencia. Clinton le había dado la razón: una rotura de la improvisada soga, a mitad del descenso, podía tener consecuencias desagradables para el hombre que se disponía a viajar a Gaddelly.

Llegaron al borde de la barranca. Los restos del coche, ennegrecidos, yacían en el mismo sitio. Los palos y la lona que había figurado el puente habían ardido igualmente.

—Fue un puente colocado de manera muy simple, apoyado solamente en los bordes. Al romperse por el peso del coche, toda la estructura cayó abajo y ardió igualmente —explicó Clinton.

Nicky era portadora del mazo y la estaca aguzada para el vampiro.

—Y esto me recuerda que debo ir al subterráneo, a atravesarle el pecho —dijo, al entregar el mazo a Clinton.

—Según la leyenda, los vampiros sólo se mueven de noche. ¿Por qué, el nuestro, estaba en su ataúd? —preguntó Aura.

—Tendría la tripa llena, imagínese de qué —contestó Nicky.

—Mi estómago —se quejó Nell, en cuyo rostro se veían aún los rastros del abundante licor ingerido por la noche.

La estaca quedó al fin clavada en el suelo. Graves ató la cuerda con enorme decisión. Luego se dispuso a emprender el descenso.

—A partir del momento en que llegue al otro lado, cuenten hora y media para llegar a Gaddelly. Media hora más tarde, estaré aquí con un coche y gente para ayudarles —declaró.

Comprobó la solidez de los nudos y se dispuso a iniciar el descenso.

—Suerte —le deseó Nicky, con una sonrisa.

Graves asintió, contemplado expectantemente por los demás. Poco a poco fue bajando, hasta que sus pies tocaron el suelo del fondo.

Luego cruzó el barranco y contempló críticamente la otra pared, tremendamente empinada. De pronto, alargó las manos y empezó a subir.

Clinton y las mujeres le contemplaban con ansiedad. Una vez, el pie derecho de Graves resbaló del saliente en que se posaba, pero tenía las manos bien sujetas y consiguió mantenerse.

Nell lanzó un gritito de susto.

—Silencio —dijo Nicky, reprobadoramente.

Palmo a palmo, Graves consiguió alcanzar el borde superior. Al situarse en terreno horizontal, se dejó caer en el suelo unos instantes, agotado y lleno de sudor.

Luego se sentó y agitó una mano a la vez que sonreía.

—Dos horas —recordó.

Y se puso en pie.

En el mismo instante, se oyeron unos feroces aullidos.

* * *

Graves se volvió hacia el bosque que llegaba hasta casi el mismo borde de la cortadura. Clinton se aterró.

Media docena de enormes perrazos, aullando de un modo ensordecedor, se precipitaron sobre Graves.

—¡Corra, corra! —chilló Aura.

Graves intentó la huida, pero los perrazos, enfurecidos por alguna misteriosa causa, cayeron sobre él, en medio de un coro de ladridos que ponían los pelos de punta.

Los brazos de Graves se movieron como aspas, intentando sacudir a los canes que le acosaban y que le tiraban feroces dentelladas. Horribles gritos se escaparon de su garganta, al sentir en sus carnes las mordeduras de los perros.

Una o dos veces pudo correr un poco, pero los canes, espantosamente hambrientos, al parecer, le rodeaban sin piedad. Nell vio que todo un lado de la cara de Graves desaparecía, a consecuencia de una feroz dentellada y, no pudiendo resistir el espectáculo, se desmayó.

Enloquecido de furia, Clinton buscó piedras y empezó a arrojárselas a los perros. Aura y Nicky chillaban demencialmente.

Graves cayó al suelo, evidentemente, perdido el conocimiento. Los perros gruñían y ladraban desaforándose, disputándose la presa. Con los dientes y las patas, rasgaban las ropas de aquel cuerpo inmóvil y mordían la carne vorazmente.

Aura no lo pudo resistir y volvió la espalda. Sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, Nicky lloraba desconsoladamente.

Clinton se cansó de tirar piedras. También volvió la espalda para no presenciar aquel espectáculo carnicero. Pero, a veces, oía estremecedores chasquidos de huesos rotos.

Al cabo de unos momentos, tomó una decisión.

—Si pueden andar, será mejor que volvamos a la casa —dijo, al mismo tiempo que se inclinaba para alzar en brazos a la inconsciente señora Slydon.

Era una fúnebre procesión la que emprendió el regreso al edificio. En su fuero interno, todos pensaban una misma cosa.

Habían ido a morir a Penniston House. No saldrían vivos de aquel espantoso lugar.

* * *

—Pero lo peor de todo es que a cada uno se nos ha destinado un género de muerte —dijo Clinton más tarde, congregados ya en torno a la gran chimenea de piedra.

Aura había traído una gran cafetera llena. Nell, ya recobrada, pidió que pusieran en su taza una buena dosis de *brandy*.

—No le conviene beber —recomendó Aura.

—Y si no bebo, ¿qué diablos haré?

—Tenemos que matar al vampiro —dijo Nicky, obsesionada por aquella idea.

Hablemos antes de otra cosa —propuso Clinton—. De los siete que vinimos aquí, ya han muerto tres: Ewell, Tania y Graves. Quedamos cuatro y, si las cosas deben desarrollarse con un mínimo de lógica, cada uno debemos morir de diferente manera.

Nell reunió fuerzas para hacer una pregunta:

—¿Qué muerte me destina usted, Clint?

—Lo siento, yo no soy el asesino —respondió secamente el interpelado.

—Se me ocurre una idea —exclamó Aura de pronto—. Hagamos señales de humo.

—¿Cómo? —dijo Nicky.

—Hay leña en abundancia. Podemos encender una hoguera en el exterior. Tarde o temprano, alguien verá el humo.

—También sale el humo por la chimenea —adujo Nell.

Clinton se acarició la mandíbula.

—No es mala idea —murmuró—. Pero el humo de la leña no sería suficiente.

—Hay cortinas. Los trapos al arder, hacen mucho humo —indicó Aura.

—Y también gasolina en los coches. La gasolina daría un humo muy negro.

—Podemos añadir un par de colchones. Sobran colchones —dijo Nicky—. La espuma de goma, con la gasolina, proporcionaría una humareda espantosa.

De pronto, se puso en pie.

—Y después, afilaré otra estaca —añadió—. Voy a cargarme a ese vampiro maldito, aunque sea la última cosa que haga en este mundo.

—También tenemos que examinar el interior de la calavera —recordó Clinton.

—Hay algo en lo que no nos hemos fijado todavía —manifestó Nell—. Igor y Brutus desaparecieron ya a la mañana siguiente de nuestra llegada. Pero la mesa estaba limpia y preparada para una nueva comida, aunque luego lo hayamos hecho en la cocina. ¿Quién se ha encargado de ello?

Clinton suspiró.

—Demasiados misterios —dijo de mal humor—. Vamos a buscar la leña; dos de ustedes pueden bajar los colchones al exterior. Luego, yo me encargaré de sacar con una goma unos litros de gasolina.

—Del coche de Graves, que no lo va a usar ya, el pobre —recomendó Nicky.

Un penoso silencio descendió súbitamente sobre la estancia. Las palabras de la chica acababan de traer a la memoria de todos la espeluznante muerte de Graves.

Clinton se acercó a la ventana.

Desde allí, se veía un pequeño bulto inmóvil en el suelo. Los perros habían desaparecido.

—Pero si alguno de nosotros quisiera pasar al otro lado, sufriría la misma suerte de Graves —murmuró, lleno de aprensiones por su futuro.

Media hora más tarde, todo estaba dispuesto para encender la hoguera en el exterior. Clinton sacó una caja de fósforos.

Surgió la primera llama. Repentinamente, una tromba de agua cayó de las alturas y apagó el fuego en unos instantes, dejándolos a todos empapados de pies a cabeza.

Un largo y retumbante trueno se perdió en las colinas que rodeaban a la tétrica mansión. A Clinton le pareció que el diablo se burlaba de cuatro seres condenados a morir.

CAPÍTULO IX

El esqueleto continuaba en su sitio.

Provisto de la maza, Clinton avanzó hacia la cabecera de la mesa.

—¿Qué va a hacer, insensato? —tronó repentinamente la voz de la calavera.

Clinton se detuvo en el acto. Aura se tapó la boca con una mano, mientras Nell y la chica gritaban al mismo tiempo.

—Ya era hora de que rompiera su silencio —contestó el joven, bajando la herramienta—. ¿Qué es lo que piensa hacer con nosotros?

—Repartir la herencia, claro. ¿Es que ahora van a simular ignorancia de los motivos por los cuales están aquí?

—Tres de nosotros han muerto…

—Son cuarenta y cinco mil libras más a repartir entre ustedes —dijo el esqueleto—. Hagan el cálculo y verán a cuánto tocan a cada uno.

—En estos momentos, nos corresponden veintiséis mil doscientas cincuenta libras —dijo Aura —. Y cuando queden tres, tendrán treinta y cinco mil. Si sólo quedan dos, les corresponderán cincuenta y dos mil quinientas libras. Y, en fin, cuando sólo uno de nosotros quede con vida, tendrá el importe total de la herencia, esto es, ciento cinco mil libras esterlinas.

—Pero puede que no quede nadie con vida, y entonces, alguien se aprovechará de ese dinero —intervino Clinton.

—Del cual, por cierto, no hemos visto aún un solo penique —dijo Nell, mientras insertaba un cigarrillo en su larga boquilla negra.

—¡Es cierto! —gritó Nicky—. ¿A qué tantas pamemas, si no piensan darnos el dinero?

—¿Quién ha dicho que no se les vaya a dar el dinero? —Rió la calavera—. Lo que pasa es que resulta preciso cumplir las instrucciones. Los demás, no lo hicieron así y murieron.

—Mulloney no nos dijo nada acerca de ganarnos la herencia, arriesgando nuestras vidas —alegó Clinton.

Les dijo que deberían venir a Penniston House, en donde se les darían las instrucciones complementarias para el cobro de la herencia.

—Bueno, ésa es más o menos una fórmula legal. Pero, aun así, ¿cómo sabemos, por ejemplo, que Ewell no cumplió las instrucciones? Apareció muerto aquí, en ese sillón que ahora ocupa usted, a la mañana siguiente de nuestra llegada.

—No cumplió sus instrucciones —insistió el esqueleto.

—¿Y Tania Hucker? —Aura adelantó el busto—. Debía empezar a buscar la herencia a partir de la media noche. ¡Pero la asesinaron a las siete de la tarde!

—Al menos, empezó a morir a esa hora —añadió Clinton gravemente.

—La siguiente persona que debe cobrar la herencia es la señora Slydon —dijo el esqueleto.

Clinton se dio cuenta de que era una respuesta encaminada a eludir otras más comprometedoras. Nell estaba sentada en el brazo de un sillón, con una pierna balanceándose rítmicamente, mientras fumaba de su larga boquilla.

—No —dijo tranquilamente—. No cumpliré ninguna de las instrucciones que me den. Ya

tengo bastante con haber venido aquí. Confieso que ese dinero me hubiera venido muy bien para mis planes futuros, pero no daré un solo paso para conseguirlo. El… que sea, no importa su identidad, deberá entregarme el dinero aquí mismo. O en el salón, tanto da. Pero si piensa que voy a embarcarme en una carrerita de obstáculos… «Debajo de la silla no, detrás de esa cortina tampoco… Ahí no, encima del armario, no» —recitó con voz pretendidamente infantil—, bueno, si alguien cree que voy a tomar parte en ese estúpido juego, está equivocado de medio a medio.

—En ese caso, perderá usted su parte de herencia —exclamó la calavera.

—¡Váyase usted a la… China! —contestó Nell desenfadadamente.

—El sobre con las instrucciones está ya en su habitación, señora Slydon.

—Por mí, pueden quemarlo ahora mismo. Lo he dicho ya y es la última vez que lo repito: tienen que dármelo aquí, en presencia de mis amigos. O en el salón, a su gusto. Eso es todo.

Interiormente, Clinton aprobó la actitud de Nell. Un poco de firmeza, se dijo, unida a algo de desinterés hacia el dinero, podría forzar al desconocido o desconocidos que les retenían a la fuerza en la casa, a obrar de un modo no previsto, obligándoles tal vez a cometer algún error indeseado.

—¡Muy bien, señora Slydon! —gritó de pronto Nicky—. Así se habla. Y así debiéramos haber hablado todos desde el principio. A fin de cuentas, nosotros no solicitamos ese dinero; nos anunciaron que nos lo entregaban graciosamente. ¿Por qué obligarnos a desempeñar una comedia para que cada uno ganase su parte?

El esqueleto permanecía callado. Era evidente que la persona que hablaba a través de su hueca calavera, se sentía desconcertada por aquella insólita actitud.

—Yo también haré como la señora Slydon —añadió Aura firmemente.

—Bueno, el cuarto no puede desligar su suerte de la de los demás —dijo Clinton sonriendo—. Yo tampoco cumpliré las instrucciones…

De repente se interrumpió.

El esqueleto callaba. Hacía tiempo ya que pensaba en una hipótesis, pero aún no había tenido tiempo de formularla.

«Sería conveniente comprobarlo», pensó.

Y alzó la voz:

—De modo que las instrucciones para que Nell Slydon cobre su herencia están en su dormitorio. Eso ha dicho, ¿no?

La calavera no dijo nada. De súbito, Clinton dio media vuelta y echó a correr hacia la puerta.

Su actitud sorprendió a las tres mujeres. Aura le llamó, pero él no hizo caso.

Siguió corriendo. Sus largas piernas le permitieron salvar los escalones de cuatro en cuatro. Llegó a la puerta del dormitorio de Nell y la abrió de golpe.

Había un sobre encima de la cama, lo vio en el acto. Casi en el mismo instante, oyó un leve chasquido en alguna parte de la estancia.

Buscó con la vista. Todo aparecía normal, pero, de repente, adquirió la sensación de que, apenas un segundo antes, alguien había estado en la habitación.

Sin embargo, no había llegado a entrar. Clinton pensó que el desconocido debía haber oído el ruido de la puerta, retirándose velozmente para no ser visto.

Las mujeres llegaron en aquel momento, alborotando, parloteando excitadamente.

Clinton avanzó hacia la cama y se apoderó del sobre.

—Ahí están las instrucciones —dijo Nell.

—Esperen un momento —pidió él.

Tres pares de ojos le contemplaron ansiosamente. Tras unos segundos de pausa, Clinton prosiguió:

—Había alguien cuando yo llegaba. O estaba asomándose en el mismo momento y se retiró más que aprisa. Indudablemente, por una puerta secreta. Debemos buscarla, golpeando fuertemente las paredes, hasta que oigamos sonido a hueco.

—¿Y después? —preguntó Aura.

—¿Cómo ha adivinado que hay una puerta secreta? —Quiso saber Nicky.

—Cuando yo abrí, escuché un ligero chasquido, como de una puerta al cerrarse. Pero no lo vi, de modo que ignoro en qué lugar de la habitación se encuentra. Además, mientras hablábamos con el esqueleto, alguien nos estaba viendo.

—¿Qué? —gritó Nell—. ¿Nos veían?

Sí. Tardé un poco en darme cuenta de ello, pero recuerden lo primero que dijo el esqueleto, cuando yo me disponía a destrozar la calavera a mazazos. «¿Qué va a hacer usted?», preguntó. Lo mismo que habría dicho una persona en una situación semejante, ¿comprenden?

Tres cabezas asintieron al mismo tiempo.

—De modo que nos estaban viendo —murmuró Nicky.

—Y quizá nos estén viendo también ahora —exclamó Aura.

Nell se escandalizó.

—¡Sinvergüenza! Lo que se habrá divertido ese tipo mientras yo me cambiaba de ropa —dijo, muy sulfurada.

Clinton sonrió para sí. Aquello no debía de resultar demasiado importante para una mujer como Nell.

—Está bien, vamos a ver si encontramos el hueco —dijo.

—Aguarde un momento —exclamó Nell—. ¿Qué dice ese sobre?

Clinton lo abrió. Dentro habla una cuartilla doblada, que desplegó en el acto.

Sin más preámbulos, leyó:

—Para conseguir la parte de herencia que le corresponde, incrementada en la parte proporcional de los herederos muertos, deberá acudir, sola, a medianoche, al pasadizo que hay en la pared nordeste del sótano. —Clinton levantó la cabeza después de la lectura—. Eso es todo —concluyó.

Nell sacó la lengua en son de burla.

—¡Ir al pasadizo, un cuerno! —dijo.

—Yo no vi ningún pasadizo en el sótano —manifestó Aura, muy pensativa.

—Ya lo buscaremos —intervino Clinton—. Ahora…

—Cuando baje al sótano, atravesaré al vampiro con la estaca —dijo Nicky, que parecía obsesionada con aquella idea.

—Eso llegará en su momento —Sonrió el joven.

Empezaron a buscar la puerta secreta. Pero no la encontraron.

—¿No habrá sido una ilusión suya, Clint? —preguntó Aura más tarde.

—Es probable, pero también hemos de tener en cuenta el grosor de los muros. Eso ha podido falsear el sonido de nuestros golpes.

—Sí, probablemente —convino la muchacha.

—La puerta tiene que existir, seguro —dijo Nicky—. De lo contrario, no se explica la presencia del sobre con las instrucciones en el dormitorio.

Nell suspiró:

—Adiós mis planes —dijo melancólicamente—. Ya me he despedido del negocio que pensaba montar con esas quince mil libras.

—¿Qué negocio? —preguntó Nicky.

—Un bar, pequeño, pero lujoso; luces indirectas, música ambiental, buenas bebidas, servicio selecto… Incluso le tenía echado ya el ojo al sitio donde pensaba montarlo, pero no podré hacerlo.

—¿Quién sabe? —Sonrió Clinton—. ¿Tomamos un bocado?

Nicky se frotó el estómago.

—No es mala idea —sonrió—. Soy una calamidad; no puedo deshacerme de este apetito, que será mi ruina.

—Sí, estás un poco gordita —convino Nell.

Nicky la miró de arriba a abajo, aunque no dijo nada. Nell comprendió el sentido de aquella mirada y se sonrojó.

—Lo he dicho con buena intención —se disculpó.

—Ya —contestó la chica irónicamente.

—Bien, vamos a la cocina —indicó Clinton con cierta energía en la voz.

Nicky y Aura prepararon unos bocadillos. Nell volvía a fumar en su boquilla.

Parecía muy pensativa. De pronto, dijo:

—De modo que a la medianoche debo ir al pasadizo que hay en el lado nordeste del sótano. ¿Qué clase de trampa habrá en ese pasadizo?

—¿Trampa? —repitió Clinton.

Sí, tiene que haberla. Los otros tres han muerto en sendas trampas. Ewell, con la sangre sorbida por un supuesto y voraz vampiro…

—Todos los vampiros son voraces —dijo Nicky, mientras cortaba el pan para los bocadillos.

Sí, hijita, si, incluso los que se beben cuatro o cinco litros de sangre en una sola sesión. ¡Qué bárbaro!

Clinton se quedó mirando a Nell. La rubia había dicho algo que no se le había ocurrido hasta entonces.

—Es cierto —contestó—. Los vampiros sorben la sangre de sus víctimas poco a poco y no toda de una vez.

—Que es lo que pasó con el pobre Ewell. En cuanto a Tania, murió disuelta por el ácido. La trampa de Graves todos la hemos visto, cuando ya se creía a salvo, fue devorado por los mastines hambrientos. El que ha preparado todo esto es un tipo con imaginación, no cabe duda.

Nicky y Aura empezaron a servir el almuerzo. Con un bocadillo en la mano derecha y la botella de cerveza en la otra, Clinton se encerró en sus pensamientos.



Las palabras de Nell le habían sugerido una idea, que no acababa de concretar de una forma definitiva, por lo que se abstuvo de expresarla en voz alta. Podían tomarla como un disparate, pero, si no era así, ¿qué otra explicación podía darse a cuanto les estaba sucediendo?

CAPÍTULO X

—Voto por bajar al sótano ahora mismo —dijo Nell de pronto, antes de anochecer.

Aura consultó a Clinton con la mirada. El joven hizo un encogimiento de hombros.

—A fin de cuentas, ella es la interesada —respondió Nicky.

—Está bien, vamos.

Como precaución, Clinton recobró la maza. Era la única arma de que podía disponer. Le extrañó que en una casa tan antigua como Penniston House no hubiera una panoplia con armas antiguas: un hacha, una espada, una lanza… hubieran resultado un medio de defensa muy eficaz.

Pero ello le hizo recordar la leña.

—Habrá un hacha —dijo—. Voy a buscarla, esperen aquí.

Nicky se apoderó de la maza. Clinton salió, para volver a los pocos momentos con un hacha no demasiado grande.

—Ya no tengo las manos vacías —sonrió.

Salieron de la cocina. En fila, encabezada por Clinton, descendieron al sótano.

Los ataúdes estaban cerrados.

—Eh, yo los dejé abiertos —exclamó.

—A ver el vampiro —pidió Nicky.

—Cuidado, no haga nada.

Clinton alzó la tapa del baúl donde estaba el vampiro. Los ojos de Nicky brillaron de un modo singular.

—Tengo que atravesarle el pecho con la estaca —dijo con voz estrangulada por el odio.

—Es sólo un muñeco muy bien hecho —sonrió Clinton.

—¿Lo cree así? —preguntó Aura.

Clinton golpeó con los nudillos la frente del vampiro. Se oyó un ligero sonido a hueco. Luego hizo presión en su pecho con las yemas de los dedos. Sonrió, mientras meneaba la cabeza.

—Un maniquí bien hecho —dijo.

—Pero… Igor murió; se convirtió en polvo —exclamó Aura.

Nicky se acercó al féretro del vampiro y golpeó su pecho con la mano. El sonido a hueco era inconfundible.

—Aún así, no estoy muy convencida… —murmuró.

Clinton levantó otro de los ataúdes. El cuerpo de Brutus apareció ante sus ojos.

—¿Otro maniquí? —dijo Aura.

—Vamos a verlo —exclamó Nicky.

Y antes de que pudiera impedírselo, golpeó el pecho de la figura que yacía en el ataúd.

Se oyeron varios chasquidos. Instantes después, el cuerpo de Brutus se había reducido a polvo.

Nicky dio un salto atrás, a la vez que emitía una gruesa interjección, muy poco acorde con su condición femenina. Aura se retiró, a la vez que movía ambas manos, como para agitar el aire y disipar el hedor que se desprendía del féretro.

De repente, se oyó un horrible alarido.

—¡Socorro! —gritó Nell.

Su voz sonaba llena de angustia y de dolor. Otro espantoso grito sonó a continuación, casi sin solución de continuidad con el primero.

Clinton volvió la cabeza. Sólo en aquel momento se dio cuenta de que Nell había desaparecido de su lado.

—Allí, allí —indicó Aura, a la vez que tendía la mano hacia un rincón del subterráneo.

Había una puerta abierta. Gritos desgarradores salían del otro lado.

Clinton corrió hacia aquel lugar, seguido de las dos mujeres. Al llegar a la entrada del pasadizo, contempló una escena horripilante.

Nell, con dos hierros clavados en los costados, se debatía ferozmente, mientras la sangre corría por sus caderas y muslos. Los alaridos que emitía torturaban cruelmente los oídos de los espectadores de la escena.

Un tercer hierro se disparó de pronto, surgiendo de la pared de la derecha. Durante una fracción de segundo, Clinton pudo ver la aguzada punta: después, el hierro se clavó en el costado derecho de Nell, más arriba de la cintura. Debió de romper alguna costilla, porque Clinton pudo oír perfectamente el siniestro chasquido del hueso.

Varios hierros más surgieron velozmente de ambos lados, atravesando a Nell, cuyos gritos se hacían cada vez más débiles. Clinton avanzó unos pasos en el interior del pasadizo, para tratar de hacer algo por aquella infeliz mujer, pero, de súbito, una lanza pasó por delante de su pecho, rozándole las solapas de la chaqueta y se detuvo en el acto, mientras Aura gritaba llamándole para que no continuara su avance.

Nell calló de pronto. Su cuerpo se estremeció todavía unas cuantas veces; luego, lentamente, se quedó inmóvil, con las manos caídas hacia adelante y la cabeza doblada sobre el pecho. Sus pies estaban sobre un charco de líquido rojo, que se ensanchaba gradualmente con los regueros que corrían de todo su cuerpo.

De súbito, los hierros se retiraron con ruido siniestro. El cuerpo de Nell, privado de su apoyo, rodó por tierra.

* * *

Había que realizar una tarea, pero Clinton no se atrevía.

—Si lo hago, yo moriré también —dijo, fuera del pasadizo mortífero.

Aura estaba muy pálida. Nicky lloraba y gemía convulsivamente.

—¿A qué se refiere? —preguntó Aura.

—Hay que retirar el cuerpo de la pobre Nell. No podemos dejarlo donde está.

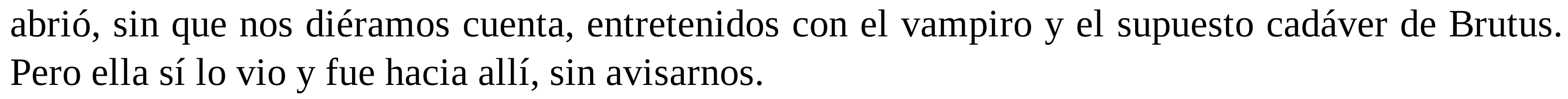
La joven asintió.

—Debe de haber una trampa, que funciona con el peso del cuerpo. Si intenta llegar hasta el cuerpo de Nell, puede morir —dijo.

—Estoy pensando en evitarlo… aunque me pregunto cómo pudo cometer la imprudencia de meterse en ese pasadizo sin avisarnos.

—No lo sé, ninguno nos dimos cuenta, hasta que la oímos chillar. Pero ha sido espantoso…

—Hay una explicación para lo ocurrido —dijo Clinton—. Sin duda, la puerta del pasadizo se


abrió, sin que nos diéramos cuenta, entretenidos con el vampiro y el supuesto cadáver de Brutus. Pero ella sí lo vio y fue hacia allí, sin avisarnos.

—Así debió de ocurrir, en efecto. No obstante, ¿por qué ella lo vio y nosotros no?

—La naturaleza humana —suspiró Clinton.

—¿Cómo?

—Nell era la siguiente en tomar parte en este macabro juego. No olvidemos que su parte ascendía ya a veintiséis mil doscientas cincuenta libras. Mientras nosotros estábamos entretenidos, ella, supongo que instintivamente, debía de tener la vista fija en la pared nordeste de la cripta. Entonces fue cuando vio que se abría la puerta y caminó hacia allí en silencio, sin advertirnos de su gesto… en suma, movida por una irrefrenable curiosidad, hábilmente provocada.

—¿Por quién?

Hubo un momento de silencio.

Luego, Clinton, lentamente, dijo:

—Por un sádico individuo, que goza viéndonos morir a cada uno de nosotros de muertes distintas, pero todas horribles, a cada cual más espantosa.

Aura asintió.

La respuesta de Clinton era perfectamente lógica.

Clinton miraba ahora a todas partes, buscando con la vista algo que le permitiese entrar en el pasadizo, sin correr riesgos. De pronto, creyó haber hallado la solución.

El ataúd que había contenido la figura de Igor fue volcado a un lado. Clinton arrancó de un golpe la tela negra que cubría el túmulo. Debajo encontró un cajón alargado, hecho de simples tablas, de dos metros de largo, por ochenta centímetros de ancho y sesenta de altura.

Levantó el cajón. Era menos pesado de lo que aparentaba. Sosteniéndolo a pulso por uno de los extremos, el otro apoyado en el vientre, avanzó hacia el pasadizo.

Una cosa le extrañó: la brillante iluminación que había en aquel lugar, lo que no le restaba lobreguez, sin embargo. Pero, en aquel momento, no hizo caso del detalle.

Súbitamente, una lanza surgió de la pared y atravesó la madera con ruidoso chasquido. Clinton aguantó firme, notando que el suelo cedía ligeramente bajo sus pies.

Varios hierros más surgieron y atravesaron el cajón. Aura y Nicky contemplaban la escena expectantemente desde la entrada del pasadizo.

Al cabo de unos instantes, Clinton se arriesgó a soltar el cajón, que permaneció en el aire, suspendido por los hierros que lo atravesaban. Luego se agachó para agarrar uno de los tobillos de Nell y tirar hacia afuera.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil, contemplando algo que había llamado especialmente su atención. Luego, de pronto, se decidió y tiró de las piernas de Nell, procurando no mirar el sangriento rastro que quedaba al atraerla hacia la salida.

Los hierros se retiraron de pronto y el cajón cayó con gran estruendo. Clinton se incorporó sudando.

—Voy a buscar una manta —dijo.

La luz del pasadizo se extinguió de pronto. La puerta giró en silencio, pero al cerrarse, produjo un ruido que pareció un disparo. Aura se estremeció, mientras Nicky lanzaba un gritito de susto.

Clinton bajó con dos mantas; le parecía más conveniente. Solo, no quiso que Aura le ayudase, envolvió por completo el cadáver de Nell y luego lo levantó en brazos. Las dos mujeres le siguieron en silencio. Fuera, la lluvia continuaba cayendo.

* * *

Clinton arrojó un par de troncos a la gran chimenea del salón. Nicky parecía aturdida.

Aura, más serena, trajo café y *brandy*.

—Mañana iré a Gaddelly —anunció el joven de pronto.

Aura se sobresaltó.

—¡No! —dijo.

Clinton afirmó con la cabeza.

—Es preciso hacerlo —insistió.

—Pero los perros…

—¿Quién los soltó? ¿Quién los cuida fuera de Penniston House? —preguntó Nicky repentinamente.

—Eso es algo que casi no interesa por el momento —respondió Clinton—. Hay demasiados misterios en esta casa, que un día u otro serán aclarados. Pero es preciso que venga alguien, las autoridades deben saber lo que ha sucedido. Y encerrados aquí, no lo conseguiremos.

—Clint, ¿debo deducir que ha encontrado un medio de esquivar a los mastines? —preguntó Aura.

—Sí.

—Son seis —advirtió Nicky.

—Graves murió porque ignorábamos que estaban al otro lado. Ahora ya lo sabemos.

Por tanto, puedo prevenirme.

—¿Cómo? —exclamaron las dos mujeres a un tiempo.

—Muy sencillo, arrojándoles comida.

Nicky lanzó una explosiva interjección:

—¡Sencillamente genial!

—Genial, no, lógico —sonrió Clinton—. Hay cuartos de cordero congelado en el refrigerador. Recuerden las dos que el esqueleto nos anunció que había comida abundante. Bien, esta noche sacaré unos cuantos trozos para que se descongelen; ahora estarán como piedras.

—Y al amanecer, pasará al otro lado —dijo Aura.

—Exacto. No sé si encontraré alguna bolsa para colgarla del cuello; pero, en todo caso, bastará una sábana anudada. En el momento en que los perros me ataquen, les echaré la carne. Y, claro está, me llevaré también la destral y un cuchillo para defenderme.

—Está bien ideado. Pero ¿por qué no ahora?

Clinton señaló hacia la ventana.

—Ya anochece —respondió—. Tal como están las cosas y aunque el caserón no es demasiado seguro, prefiero pasar la noche aquí.

—Dormiremos los tres juntos en una misma habitación —propuso Nicky—. Incluso velando

por turnos.

—Es una idea excelente. Yo también pensaba decir algo parecido, pero celebro que se haya anticipado, Nicky —sonrió Clinton.

La chica estaba sentada en un sillón, inclinada hacia adelante, con la barbilla apoyada en las manos y los codos sobre las rodillas. De repente recordó algo que los demás parecían tener olvidado:

—Ahora somos tres. La herencia a repartir se va acumulando en los supervivientes. ¿A cuánto tocamos por barba?

—Treinta y cinco mil libras contestó Aura rápidamente.

Nicky la miró con sorpresa.

—Es veloz calculando —dijo.

—Soy licenciada en Ciencias Exactas y profesora de Matemáticas —contestó la joven con reposado acento—. Ahora, sin embargo, no ejerzo; después del último curso, conseguí una beca para realizar la tesis doctoral.

—¡Caramba, sí que es una sorpresa! —dijo Nicky—. Clint, ¿a qué se dedica usted?

El joven sonrió.

—Si se lo dijera, no se lo creería —contestó.

—¿Por qué no? Vamos, dígalo; la verdad es que apenas sabemos los unos de los otros…

—Soy pintor, aunque la realidad es que me gano la vida como dibujante publicitario. Pero en los ratos que tengo libres, pinto. Pronto tendré los cuadros suficientes para mi segunda exposición. La primera consiguió bastante éxito. Por cierto, *sir* David Crockton me compró uno.

—Es sorprendente —declaró Nicky—. En cambio, yo soy artista de cine.

Clinton y Aura se sintieron sorprendidos de la declaración.

—Es cierto —añadió la chica—, no me miren así. Es rara la película en que no se necesita una chica de mi tipo, llenita y desenvuelta. Entonces, me llaman a mí, porque, modestia aparte, doy bien cierto tipo cómico que suele aparecer con frecuencia en las pantallas. Incluso en películas de terror se necesita una actriz que haga el contrapunto un tanto cómico, para aliviar la tensión de determinadas escenas demasiado fuertes. No soy gran cosa, pero trabajo bastante.

Aura suspiró.

—Usted tenía razón, Nicky; no nos conocíamos suficientemente —dijo.

CAPÍTULO XI

La habitación elegida para pernoctar fue la del propio Clinton. Ayudó a traer un colchón del dormitorio de Aura y luego fue con Nicky a la suya.

—Voy a buscar mi bata —dijo la chica, mientras Clinton empezaba a quitar las ropas de la cama.

Nicky abrió el armario ropero. De pronto, pegó un chillido que hizo retemblar las paredes.

Clinton dio un salto. Nicky retrocedió, horriblemente pálida, como si hubiese visto al mismísimo diablo.

—Está ahí, está ahí… —repetía, como enloquecida.

Clinton corrió hacia ella y la agarró por un brazo.

—¿Quién? —preguntó—. ¿Qué es lo que ha visto?

Aura entró, atraída por el chillido de Nicky.

—El vampiro… Estaba ahí… dentro del armario… Yo lo he visto, lo he visto…

Clinton hizo una seña a Aura. La joven se hizo cargo de Nicky.

—Vamos, ven conmigo… —dijo con acento persuasivo.

—Es horrible… A veces sueño que lo veo, inclinado sobre mí, dispuesto a morderme en el cuello para chuparme la sangre.

Nicky parecía aterrorizada en sumo grado. Clinton se preguntó a qué obedecía aquella obsesión por algo que no era sino una leyenda.

Pero, resuelto, avanzó hacia el armario.

Había algunas prendas de ropa en el interior, que era amplio y espacioso. Clinton golpeó la madera del fondo, sin percibir ningún ruido a hueco. Luego, profundamente preocupado, regresó a su habitación.

Aura trataba de calmar a Nicky, esforzándose en que se tomara unos sorbos de *brandy*.

Al cabo de un rato, la chica pareció sentirse mejor.

—Lo siento. Quizá haya sido sólo una ilusión mía… Pero tuve que consultar a un psiquíatra y… Yo creí que me habría curado, aunque ahora veo que no es así… Sucedió hace un par de años; tenía que rodar una escena en que debía ser atacada por un vampiro. Ya saben, un castillo antiguo, una cama con dosel, poca ropa y demás… Fue una escena muy real y me impresionó muchísimo… Desde entonces, he soñado muchas veces…

Nicky se limpió las lágrimas de un manotazo.

—Discúlpenme —dijo, procurando sonreír—. Este ambiente es tan parecido al de la película… Ha debido ser una ilusión; el vampiro no estaba en el armario.

—Estás sugestionada —dijo Aura—. Anda, échate en la cama y procura dormir.

—Tengo sedantes en mi bolso —indicó la chica.

—Muy bien.

Aura volvió a poco con un vaso y una cucharilla, con la que removía el líquido. Nicky bebió y volvió a sonreír.

—Espero que esto me impida tener más pesadillas —dijo.

Poco después, dormía profundamente.

Aura sonrió.

—¿De qué se ríe usted? —preguntó Clinton.

—Le he dado una simple aspirina —contestó la muchacha maliciosamente—. Los sedantes son siempre perniciosos. Jamás he tomado una sola tableta.

Clinton aprobó con un movimiento de cabeza. Aura tomó una manta y se tendió en uno de los colchones colocados en el suelo de la estancia.

La noche transcurrió sin incidentes. Nicky declaró que había dormido estupendamente, sin sueños desagradables. Aura manifestó algo por el estilo.

—Y, además, no llueve —dijo, mirando a través de la ventana.

—Lo cual me recuerda que el cordero estará ya descongelado y que, en cuanto haya desayunado, iré a Gaddelly —dijo Clinton.

Mientras las mujeres se arreglaban, Clinton bajó a la cocina y puso agua a calentar. Luego empezó a preparar el desayuno. Profundamente pensativo, recordó lo que había visto la tarde anterior en el pasadizo de las lanzas.

Nell no había muerto tan pronto como habían supuesto. Mientras él preparaba el cajón que servía de túmulo, la desgraciada mujer había recobrado el conocimiento durante breves instantes, lo suficiente para intentar escribir un nombre.

¿Qué había averiguado Nell? ¿Por qué no se lo había comunicado inmediatamente?

Las muchachas bajaron poco después.

—Estaremos fuera todo el tiempo —dijo Nicky—. Aunque haga frío o caigan rayos, yo no quiero quedarme en la casa, mientras usted va a Gaddelly.

—Espero que los perros se coman la carne que les ha preparado —sonrió Aura.

—Sí, ya estará descongel…

Clinton se interrumpió de súbito.

—¿Pasa algo? —preguntó Aura, al ver la expresión tan rara que había aparecido en el rostro del joven.

La taza que Clinton tenía en la mano volvió al plato. Lentamente, se levantó y caminó hacia un estante de la cocina, en la que se veía una gran fuente vacía.

—Después de sacar los trozos de cordero del congelador, los dejé aquí —dijo—. Ahora ya no están; han desaparecido.

* * *

Clinton se acercó al borde de la barrancada.

—No vayas —suplicó Aura, tuteándole maquinalmente.

Había una firme decisión en el ánimo de Clinton.

—Iré —insistió—. Llevo un hacha y un cuchillo. Mataré a todos los perros, si es preciso.

—En la casa no hay siquiera una escopeta…

—Mujer, no iban a dejar armas, si pensaban matarnos —exclamó Nicky.

Clinton comprobó la solidez de los nudos de la soga hecha con las cortinas. Pero antes de bajar, izó la soga por entero, y, retirándose unos pasos, tiró de ella hasta que se convenció de que

no habían manipulado en ella.

—Bueno, ahora ya puedo bajar seguro —sonrió.

Llevaba un cuchillo metido en el cinturón. El hacha colgaba de su cuello, por un cordel atado al extremo del mango.

Momentos después, estaba en el fondo de la cortadura. Luego, lenta y trabajosamente, empezó a subir por el otro lado.

Al llegar arriba, se descolgó el hacha y sacó el cuchillo. Los restos destrozados de Graves habían desaparecido.

—Es natural —se dijo.

Aquellos desconocidos estaban jugando con ellos, divirtiéndose sádicamente con su terror, con su espanto, con el pánico que sentían a morir de una forma horrible. Pero lo que no comprendía en absoluto era el objeto de tales asesinatos.

Aura y Nicky le contemplaban ávidamente. Clinton escuchó con gran atención.

El bosque permanecía silencioso. Después de hacer un gesto de despedida a las mujeres, avanzó paso a paso, dispuesto a defenderse de los perros.

De repente, se irguió. En un instante, adquirió la convicción de que los mastines no le atacarían.

—Han ideado una forma de morir diferente para cada uno de nosotros —recordó.

Volvióse una vez más, agitó la mano y emprendió un trote por el camino serpenteante que conducía al valle. Aura y Nicky le vieron desaparecer en una curva.

—Suerte —musitó la primera.

—Para todos —suspiró Nicky.

Clinton seguía corriendo, facilitada la marcha por la pendiente en descenso. De pronto, cuando había recorrido unos dos kilómetros, vio con gran sorpresa un coche que parecía dirigirse a Penniston House.

Inmediatamente se detuvo y agitó los brazos varias veces. El conductor le vio y redujo la marcha del vehículo. Al detenerse junto al joven, asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Sucede algo? ¿Puedo ayudarle? —preguntó.

—Sí —contestó Clinton, todavía jadeante—. Lléveme a Gaddelly, pronto. Se han cometido varios crímenes en Penniston House…

El conductor, un hombre de mediana edad, con lentes y de aspecto severo, le miró incrédulamente.

—¿Crímenes? ¿En Penniston House? Caballero, no diga tonterías. Es una casa deshabitada…

—Le aseguro que he dicho la verdad —insistió Clinton—. Puedo probarlo; todavía hay dos personas allí… Cuatro más han muerto.

—En primer lugar, dígame, ¿quién es usted?

—Clinton Phibbs, dibujante y pintor.

El hombre sonrió.

—Ah, vamos, un tipo con fantasía —calificó—. Me llamo Hampton Alfred Mulloney y soy abogado —se presentó.

—¡Mulloney! —resopló Clinton—. Eso no es cierto.

—¿Cómo? ¿Se atreve a dudar de mí?

—Amigo, yo conozco a Mulloney; le he visto y hablado con él y puedo jurarle que no se parece a usted en lo más remoto, salvo, quizá en la edad.

—También yo podría dudar de su identidad, señor Phibbs —rezongó el conductor—. Pero voy a probarle la mía.

Metió la mano en su chaqueta y sacó una billetera, de la que extrajo varios documentos. Clinton apreció que parecían auténticos y todos ellos habían sido expedidos a nombre de Hampton A. Mulloney, abogado.

El desconcierto se apoderó de su ánimo.

—Pero, entonces, ¿quién diablos es el sujeto que, haciéndose pasar por usted, nos hizo venir a Penniston House?

Mulloney se encogió de hombros.

—No lo sé, pero daré cuenta a la Policía, a la primera ocasión que se me presente —aseguró—. Yo me dirijo a Penniston House, porque un cliente mío indicó hace tiempo sus deseos de comprar la propiedad, actualmente en venta. Hasta ahora, no he podido y… Dice que hay gente allí.

—Si. Es más, creo que incluso deberíamos socorrerlas. Se trata de dos mujeres que… Bueno, tendrán que salvar el barranco, porque el puente ha sido destruido, pero ya que disponemos de un coche, lo mejor será que no permanezcan allí un minuto más de lo necesario.

—Está bien, entre; ahora yo me siento terriblemente curioso por conocer un lugar donde, según usted, se han cometido tantos crímenes.

—Cuatro, señor Mulloney —puntualizó Clinton, muy serio.

Mulloney miró al joven de reojo.

—El asesino debe ser un hombre terrible —dijo—. ¿Qué clase de arma ha empleado: pistola o puñal?

—La primera víctima, murió a consecuencia de hemorragia; su sangre pasó al estómago de un vampiro. La segunda, murió disuelta en ácido; la tercera, devorada por unos mastines hambrientos y, en fin, la cuarta, murió con el cuerpo traspasado por seis u ocho lanzas.

El abogado tenía la boca abierta de par en par. De pronto, soltó una risita.

—Amigo mío —dijo—, usted sí que le caería bien a *sir* David. ¡Vaya pareja de bromistas!

—Aunque tengo entendido que *sir* David fue un gran bromista, todo lo que le he dicho es absolutamente cierto, señor Mulloney.

—Eh, eh —exclamó el abogado—. ¿Por qué habla de *sir* David como si hubiese muerto?

¡Es precisamente mi cliente el que quiere comprar Penniston House!

Clinton casi pegó un salto en el asiento.

—¡Cómo! ¿Está vivo?

—Sí, claro que está vivo. ¿Acaso cree que estoy loco?

El joven se pasó una mano por la frente.

—No, desde luego, quizá el loco sea yo —murmuró.

Mulloney le miró con simpatía.

—No, hombre, no sea tan pesimista. Quizá, solamente, se siente cansado, exceso de trabajo o

algo por el estilo. Los franceses le llaman *surmenage*, nosotros *stress*… Por cierto, ¿no ha dicho usted antes que no había puente antes de llegar a Penniston House?

Clinton miró delante del morro y creyó que los ojos se le saltaban de las órbitas. El puente, el primitivo, tal como lo había conocido a la llegada, estaba nuevamente en su sitio.

—¡Increíble! —dijo.

Mulloney soltó una risita.

—Otra broma de *sir* David —murmuró.

El coche enfiló el puente. Durante un segundo. Clinton contuvo el aliento, temiendo fuese simplemente un decorado, pero no ocurrió así; la estructura resistió perfectamente.

De pronto, cuando apenas estaban a dos metros del puente, una fuerza irresistible empujó al vehículo, haciéndole dar un tremendo salto. Los ocupantes del vehículo fueron zarandeados enloquecedoramente. Clinton se dio un golpe contra el parabrisas, mientras sus oídos quedaban ensordecidos por la atronadora explosión que se había producido tras ellos.

Mulloney aplicó los frenos instintivamente. Pero casi en el mismo momento, advirtieron fuego en la trasera del coche.

—¡Salte, salte! —gritó Clinton.

El abogado no se lo hizo repetir. Los dos hombres salieron del automóvil incluso antes de que se hubiera parado. Mulloney, menos ágil, rodó por el suelo, aturdido y desconcertado, con un poco de sangre en la mejilla derecha. Clinton corrió hacia él, lo levantó a viva fuerza y se lo llevó de aquel lugar un par de segundos antes de que el contenido del tanque de gasolina estallase con sordo rebufo.

Clinton pasó un brazo del abogado por encima del hombro y lo arrastró casi en peso hacia el caserón. En el mismo momento. Aura y Nicky salían a la puerta.

—¡Clint! —gritó la primera.

—¡Han volado el puente! —chilló Nicky.

Aura corrió a ayudar al joven.

—Vamos, hay que entrar a este hombre en la casa —dijo.

—Gracias, señorita —contestó Mulloney, haciendo un esfuerzo por sonreír—. Ya me encuentro mejor… ¿Saben?, acabo de venir de Belfast y esto no es muy distinto de lo que pasa en el Ulster, aunque aquí tenemos la desventaja de no contar con el Ejército de su Majestad.

—No nos vendría mal una compañía de fusileros, en efecto —convino Nicky—. Entren en la casa; les daremos un trago.

—Señorita, si ya no lo fuera por el aspecto, esas palabras que ha pronunciado me harían pensar en usted como un ángel —dijo el abogado—. Puede soltarme, amigo Clinton, ya me encuentro mucho mejor.

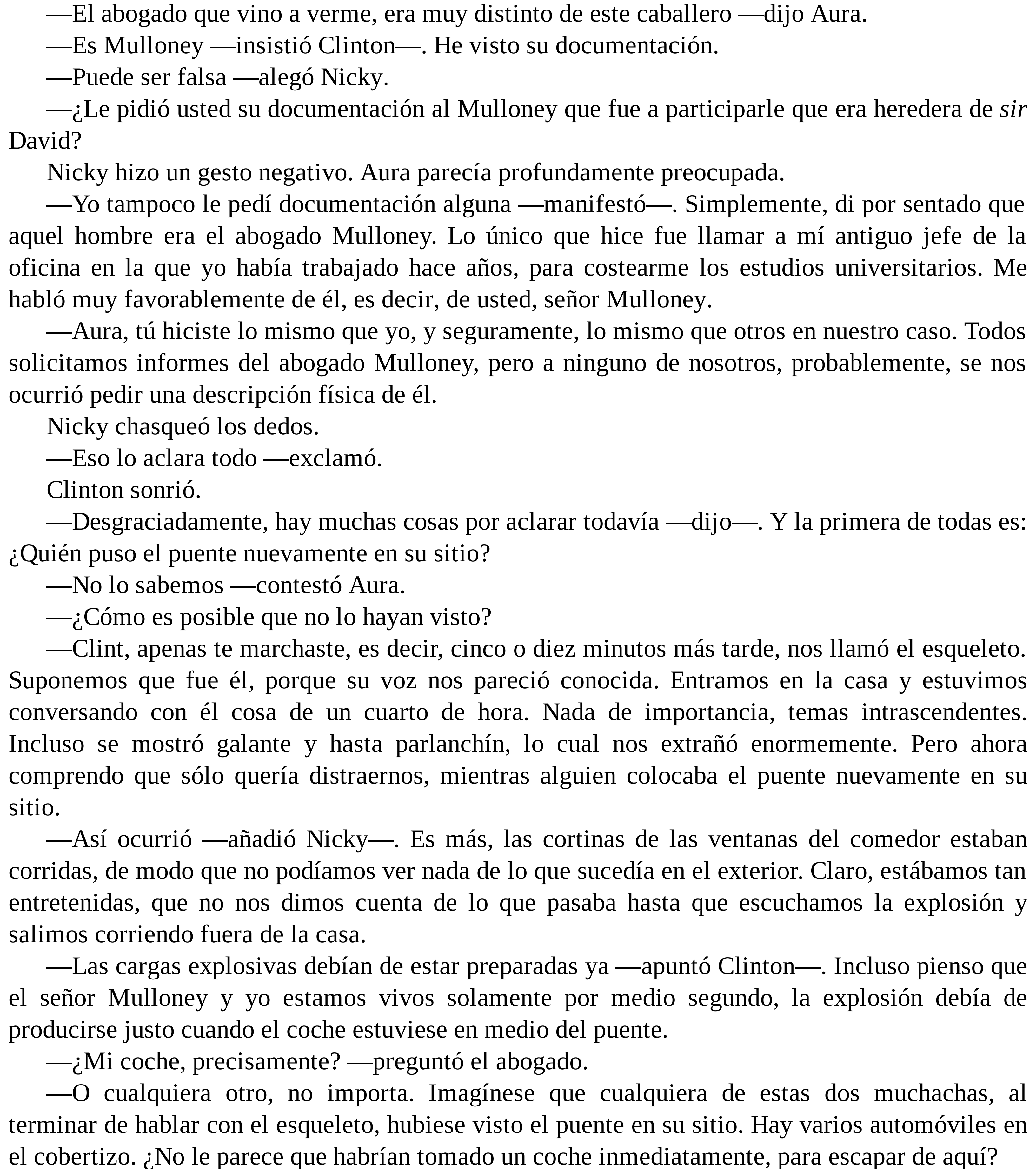
Entraron en la casa. Aura corrió en busca de una botella. Nicky se ocupó de atizar el fuego de la chimenea.

Mulloney se dejó caer pesadamente en un diván. Clinton fue hacia una ventana y miró a través del cristal. El puente, pensó, había estado simplemente apoyado en los bordes rocosos de la cortadura. Salvo algunas astillas despedidas lógicamente por la potente explosión, el resto de la destrozada estructura habla caído al fondo de la cortadura.

Clinton y Mulloney tomaron sendas copas. Aura había traído también elementos sanitarios y curó el rasguño que el abogado tenía en la mejilla derecha.

—Por cierto, no les he presentado aún —dijo Clinton—: *Miss* Aura Sherwin y *miss* Nicky Brwil. El señor Mulloney, abogado de *sir* David Crockton, personaje que, contra lo que nosotros creíamos, vive todavía.

CAPÍTULO XII



La sorpresa de las muchachas fue enorme.

—¡Éste no es Mulloney! —gritó Nicky.

—El abogado que vino a verme, era muy distinto de este caballero —dijo Aura.

—Es Mulloney —insistió Clinton—. He visto su documentación.

—Puede ser falsa —alegó Nicky.

—¿Le pidió usted su documentación al Mulloney que fue a participarle que era heredera de *sir* David?

Nicky hizo un gesto negativo. Aura parecía profundamente preocupada.

—Yo tampoco le pedí documentación alguna —manifestó—. Simplemente, di por sentado que aquel hombre era el abogado Mulloney. Lo único que hice fue llamar a mí antiguo jefe de la oficina en la que yo había trabajado hace años, para costearme los estudios universitarios. Me habló muy favorablemente de él, es decir, de usted, señor Mulloney.

—Aura, tú hiciste lo mismo que yo, y seguramente, lo mismo que otros en nuestro caso. Todos solicitamos informes del abogado Mulloney, pero a ninguno de nosotros, probablemente, se nos ocurrió pedir una descripción física de él.

Nicky chasqueó los dedos.

—Eso lo aclara todo —exclamó.

Clinton sonrió.

—Desgraciadamente, hay muchas cosas por aclarar todavía —dijo—. Y la primera de todas es: ¿Quién puso el puente nuevamente en su sitio?

—No lo sabemos —contestó Aura.

—¿Cómo es posible que no lo hayan visto?

—Clint, apenas te marchaste, es decir, cinco o diez minutos más tarde, nos llamó el esqueleto. Suponemos que fue él, porque su voz nos pareció conocida. Entramos en la casa y estuvimos conversando con él cosa de un cuarto de hora. Nada de importancia, temas intrascendentes. Incluso se mostró galante y hasta parlanchín, lo cual nos extrañó enormemente. Pero ahora comprendo que sólo quería distraernos, mientras alguien colocaba el puente nuevamente en su sitio.

—Así ocurrió —añadió Nicky—. Es más, las cortinas de las ventanas del comedor estaban corridas, de modo que no podíamos ver nada de lo que sucedía en el exterior. Claro, estábamos tan entretenidas, que no nos dimos cuenta de lo que pasaba hasta que escuchamos la explosión y salimos corriendo fuera de la casa.

—Las cargas explosivas debían de estar preparadas ya —apuntó Clinton—. Incluso pienso que el señor Mulloney y yo estamos vivos solamente por medio segundo, la explosión debía de producirse justo cuando el coche estuviese en medio del puente.

—¿Mi coche, precisamente? —preguntó el abogado.

—O cualquiera otro, no importa. Imagínese que cualquiera de estas dos muchachas, al terminar de hablar con el esqueleto, hubiese visto el puente en su sitio. Hay varios automóviles en el cobertizo. ¿No le parece que habrían tomado un coche inmediatamente, para escapar de aquí?

Aura se estremeció.

—Lo hubiéramos hecho, no cabe la menor duda —dijo.

—Y ahora estaríamos convertidas en pedacitos —tembló Nicky.

—He oído antes una frase que me ha llamado la atención. ¿Por qué dicen hablar con el esqueleto?

—Porque es cierto —contestó Nicky—. En esta casa, las órdenes e instrucciones vienen de un esqueleto que habla. Yo le llamo el esqueleto burlón… pero, venga usted, señor Mulloney, y se lo enseñaré.

—Aguarden un momento, por favor —pidió Clinton—. Hay un extremo que interesa aclarar, creo. A todos nos visitó un individuo que dijo ser el abogado Mulloney. Pero ahora resulta que lo tenemos delante y que no es el que nos comunicó que éramos herederos de *sir* David. Todavía no se nos ha ocurrido a ninguno de nosotros dar la descripción física de aquel sujeto.

—Era alto y bastante fuerte —manifestó Nicky—. Debía de tener unos cincuenta años, aunque parecía más joven.

—Yo he estado pensando mucho en ello —declaró Aura—. Y casi he llegado a la conclusión de que el falso Mulloney y el vampiro que hay en la cripta son una misma persona.

El abogado dio un brinco.

—¡Un vampiro aquí! —exclamó—. ¿Se han vuelto locos?

—Bueno, es una figura que representa a un vampiro —dijo Clinton.

—¡Yo lo he visto vivito y coleando! —gritó Nicky.

—¿En qué manicomio he ido a caer? —dijo Mulloney.

Clinton, sin hacer caso del abogado, se volvió hacia Aura.

—Lo que has querido decir es, me parece, que la figura que representa al vampiro, se parece bastante al hombre que decía ser Mulloney, ¿no es así?

Ella asintió.

—He procurado imaginármelo con aquella barbita entrecana y las grandes gafas que usaba y, en efecto, *casi* podría jurar que la figura que hay en la cripta es un doble de aquel sujeto —contestó.

—¡El vampiro! —murmuró Nicky rencorosamente—. Hasta que no lo haya matado, no pararé.

—Dejemos esto ahora —dijo Mulloney—. ¿Se han dado cuenta de que estamos bloqueados?

Nicky soltó una risita sarcástica.

—Vaya un descubrimiento —dijo—. Ya llevamos tres días así y no tenemos la menor idea de cuándo se solucionará este problema.

—Pero algo tendremos que hacer, ¿no?

—Señor Mulloney, nosotros vinimos a Penniston House, atraídos, es cierto, por el señuelo de una herencia de quince mil libras cada uno —habló Clinton reposadamente—. Naturalmente, aunque nunca nos lo dijeron de un modo explícito, todos dimos por sentado que *sir* David había muerto. Pero usted asegura que está vivo.

—Y así es —confirmó el abogado.

—¿Lo ha visto? —preguntó Aura.

—No, hace algún tiempo que no hablo con él. Sin embargo, meses atrás, es decir, la última vez

que conversamos, mencionó el tema de Penniston House y dijo que le interesaría comprar la propiedad. Naturalmente, yo, como abogado suyo, me ofrecí para visitarla y darle un informe.

—¿Y ha venido aquí ahora, después de tantos meses?

Mulloney sonrió de mala gana.

—Hace cuatro o cinco semanas, *sir* David me dijo que no le corría prisa este asunto. Por tanto, yo demoré el viaje, ya que tenía negocios pendientes de mayor urgencia —explicó—. En fin, estos días andaba un poco sobrado de tiempo y decidí visitar Penniston House.

—O sea que hace unos meses, sí quería comprar la casa y luego, cuatro o cinco semanas atrás, ya no tenía tanto interés.

—A decir verdad, ninguno, pero pensé que siempre sería conveniente conocer la propiedad, por si cambiaba de opinión.

—Una argumentación perfecta, que explica muchas cosas —dijo Aura—. Gracias, señor Mulloney.

El abogado hizo una leve inclinación de cabeza.

—Y ahora, por favor, ¿quieren enseñarme el esqueleto? —solicitó.

—Venga —dijo Clinton.

Pasaron al comedor. El esqueleto estaba sentado en su sitio, inmóvil y silencioso.

—Es de plástico, cubierto de una capa de pintura metalizada. Eso lo hace conductor de la electricidad —dijo Clinton.

Mulloney meneó la cabeza.

—*Sir* David será siempre un sempiterno bromista —murmuró.

—Oiga, abogado —exclamó Nicky, con su desparpajo habitual—, lo que ha pasado aquí no tiene nada de broma. Han muerto cuatro personas y de una forma nada agradable, ¿comprende?

Mulloney se volvió hacia la chica.

—¿Por qué? —preguntó.

—Ah, qué sabemos nosotros. Simplemente, hay un loco en la casa y quiere asesinarnos a todos.

—Por duro que le parezca, así es —corroboró Clinton.

De pronto, el abogado se sintió apesadumbrado.

—Tratar de matarme a mí, tan amigos de toda la vida —se lamentó.

Clinton se encaró con el esqueleto.

—¿No tiene nada que decirnos? —le increpó.

Pero el esqueleto permaneció silencioso.

—Será mejor que volvamos al salón —sugirió el joven—. Creo que debemos estudiar un plan para salir de aquí.

* * *

Las llamas ardían en la chimenea. Llovía de nuevo y, en el exterior, el fuego del coche de Mulloney se había extinguido.

—Mi opinión es que debemos permanecer juntos —dijo Clinton—. Todas las muertes se han

producido cuando alguien se ha separado del grupo.

Sentada en un extremo del diván, Nicky, hosca y silenciosa, aguzaba con un cuchillo el extremo de una gruesa estaca de madera.

—¿Qué hace esa chica? —preguntó Mulloney.

—Es para matar al vampiro —contestó Nicky, sin abandonar su tarea.

—¿Cómo?

—Ya le explicaré después —terció Clinton—. Ahora, dígame usted una cosa.

—Sí, desde luego.

—¿Qué hace *sir* David? ¿A qué se dedica?

—Bueno, ha intervenido en diversos asuntos comerciales… Pero lo dejó; decía que se aburría.

—¡Qué gusto, aburrirse con dinero en abundancia! —exclamó Nicky sarcásticamente.

—¿Qué hacía entonces? —preguntó Aura—. ¿Se dedicaba a vivir de las rentas?

—Podría definirse así, aunque, como es un hombre bastante inquieto, emprendió otro negocio, éste de tipo artístico.

—¿Qué negocio? —Quiso saber Clinton.

—Se hizo productor y director de cine. Su primera película, desde luego, resultó un gran fracaso, pero dijo que estaba seguro de triunfar. Y actuaba con otro nombre, es decir, un seudónimo.

¿Cuál? —preguntó Nicky—. Yo estoy metida un poco en ese asunto y quizá…

—K. X. Viritow —respondió Mulloney.

—No le conozco.

Clinton se rascó pensativamente la mejilla.

—Me parece que empiezo a comprender alguna de las cosas que han pasado aquí —dijo.

—¿Sí? —exclamó Aura ansiosamente.

El joven se puso en pie.

—Pero no podré confirmar mi hipótesis, mientras no tenga pruebas —dijo—. ¿Quieres acompañarme, Aura?

—Con mucho gusto —accedió la muchacha.

Clinton fue primero a la cocina y buscó uno de las hachas, así como un cuchillo, que en caso necesario podía usar como destornillador. Luego, en unión de la muchacha, se dirigió al piso superior.

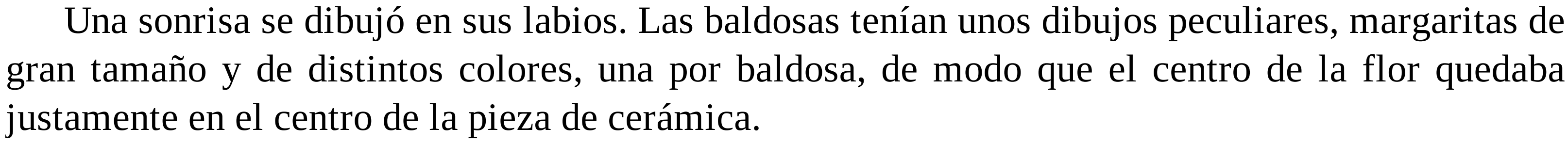
Aura se sintió muy asombrada al ver que Clinton entraba en el dormitorio que había sido de Tania Hucker. El joven se dirigió directamente hacía el cuarto de baño y, sin vacilar, se metió en la bañera.

—¡Cuidado! —gritó ella, llena de aprensiones.

—No se preocupe —sonrió Clinton.

Probó el pestillo del mamparo corredizo y frunció el entrecejo. Luego de súbito, golpeó el cristal con el lado romo del hacha.

El vidrio resistió un par de fuertes golpes que, en circunstancias ordinarias, le habrían hecho saltar en pedazos. Acto seguido, Clinton se acercó al trozo de pared situado en el lado opuesto a la ducha.



Una sonrisa se dibujó en sus labios. Las baldosas tenían unos dibujos peculiares, margaritas de gran tamaño y de distintos colores, una por baldosa, de modo que el centro de la flor quedaba justamente en el centro de la pieza de cerámica.

—¿Ha visto alguna vez una margarita con la corola de color azul? —preguntó de repente.

—No —contestó Aura sorprendida—. ¿Por qué…?

—En realidad, es un color azul muy claro… el color de un cristal teñido lo justo solamente para que no se advierta el truco.

—¿Qué truco, Clinton?

—La cámara oculta al otro lado y que filmó, segundo a segundo, la horrible agonía de Tania Hucker.

CAPÍTULO XIII

Espeluznada por aquella revelación. Aura tardó algunos momentos en reaccionar. De pronto vio el hueco que Clinton había abierto en la pared del baño con el hacha.

El hueco fue agrandado. Clinton divisó al otro lado un pasadizo, pero mucho más cerca de la pared, había un trípode, que no sostenía en aquel momento ninguna cámara.

—Debe de haber todavía muchas más cámaras en otras partes —dijo—. ¿No te imaginas los motivos?

—Explícate, por favor.

—Casi desde el primer momento, sospeché que el autor de todo esto era un sádico que disfrutaba contemplando la agonía de sus víctimas. Todavía, es cierto, ignoramos cómo murió Ewell, a pesar de que tuviera en su cuello la marca de los colmillos del vampiro; si bien yo sospecho que no fue más que una especie de truco para impresionarnos. En cambio, sabemos cómo murieron los otros tres.

Aura asintió.

—Sigue —indicó ávidamente.

—Más tarde, empecé a pensar en una puesta en escena para una posible película de terror; no olvidemos nuestras conversaciones con el esqueleto, las cuales, estoy seguro, habrán sido filmadas y hasta puede que grabadas. De momento, esa idea me pareció una simple hipótesis, incluso absurda… pero hace unos instantes, cuando Mulloney nos dijo que *sir* David se había metido a director de cine, mis pensamientos tomaron fuerza. Ahora hemos encontrado la prueba —concluyó Clinton, a la vez que señalaba hacia el hueco abierto en la pared del baño.

Ella sintió un escalofrío.

—De modo que debe de haber más cámaras…

—Seguro, bastantes, por todas partes… Incluso al otro lado, para filmar la muerte de Graves, devorado por los perros… y hasta en la cripta, para recoger nuestras reacciones cuando contemplábamos los féretros. En cuanto a los cadáveres que se convertían en polvo, no son sino el resultado de una excelente escenografía, un truco cinematográfico muy bien realizado.

—¿Y el vampiro?

—La estatua que completa la escenografía.

—Pero Igor y Brutus existían, los vimos, hablamos con ellos…

—Tal vez son los que manejan el camión-grúa que ponía y quitaba el puente; acaso uno de ellos fue el que conducía el coche en que creíamos escapaba Tania Hucker.

—Pero, entonces, si el paso está cortado, ¿cómo entran y salen de la casa? Y, ¿dónde está la grúa?

—La grúa debe de estar oculta en el bosque. En cuanto a entrar y salir de la casa, debe de haber algún pasadizo en uno de los farallones, del cual, como es lógico, no nos hemos preocupado hasta ahora.

—De modo que lo que pretendía *sir* David era filmar una película de terror, con muertes reales de sus víctimas.

—Así es, mi encantadora señorita Sherwin,

* * *

Aura lanzó un chillido. Clinton, todavía dentro de la bañera, miró a través del hueco.

Al fondo del pasadizo, muy oscuro, divisó una figura, de la que apenas se captaban los contornos. Estaría a unos siete u ocho metros, calculó, pero el túnel resultaba un magnífico amplificador de los sonidos, de modo que, aunque Crockton hablaba en tono normal, se percibía su voz sin la menor dificultad.

—Usted lo ha dicho con toda claridad —continuó *sir* David—; pretendía filmar una película de terror, pero, así como en los estudios las muertes de las víctimas son fingidas, aquí han resultado auténticas, lo cual dará a mí obra un maravilloso aire de fidelidad. Todo el mundo, por supuesto, creerá que los muertos no murieron, pero dirán que sus muertes están maravillosamente imitadas, mil veces mejor que en cualquier otra película.

—Y todo esto lo ideó usted, después de su fracaso con la primera película —dijo Clinton.

—Exactamente. Será un triunfo, lo aseguro.

—De modo que nos usó a nosotros…

Crockton rió de un modo peculiar.

—Parece el esqueleto —dijo Aura en voz baja.

—Yo era el esqueleto —dijo *sir* David.

—Hablaba desde alguna otra habitación.

—Y les veía a ustedes perfectamente; y una cámara registraba todas sus expresiones, lo mismo que cuando bajaban a la cripta. Naturalmente, después de que haya terminado la filmación, vendrá la fase de montaje y el complemento en los estudios… o quizá aquí mismo, no importa ahora el lugar dónde remataré mi película.

—Para la cual, seguramente, ya tiene título.

—¿No se lo imagina usted?

—*El esqueleto burlón*.

—Exactamente.

—Pero todo esto —dijo Clinton—, le habrá costado mucho trabajo.

—Hace tiempo que vengo ya preparándolo —respondió Crockton—. He de manifestarles que Penniston House tenía ya algunos pasadizos. Yo hice construir otros y arreglar algunas cosas que juzgaba indispensables.

—Con la ayuda de Igor y Brutus.

—Sí, han resultado dos ayudantes de gran valía. Naturalmente, bien pagados, todo hay que decirlo.

—Así, pues, usted preparó también la escenografía de la cripta.

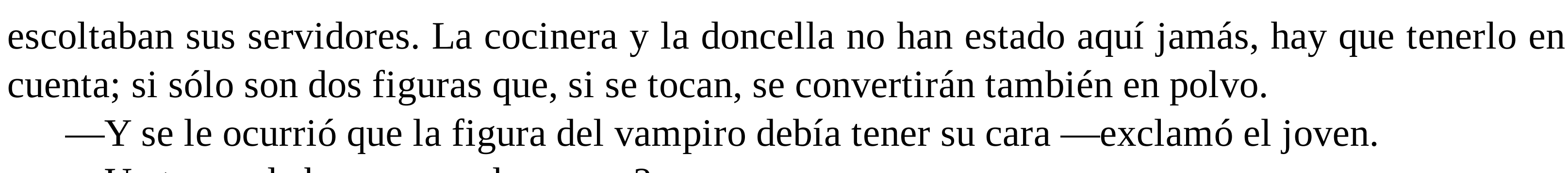
—No resultó difícil; hoy, los especialistas de decoración hacen maravillas.

—Incluidos los cadáveres que se convertían en polvo al tocarlos.

—Efectivamente.

—¿Qué me dice del vampiro?

—Bueno, pongamos que, en la *ficción*, era el señor de Penniston House, a quien, en la cripta,


escoltaban sus servidores. La cocinera y la doncella no han estado aquí jamás, hay que tenerlo en cuenta; si sólo son dos figuras que, si se tocan, se convertirán también en polvo.

—Y se le ocurrió que la figura del vampiro debía tener su cara —exclamó el joven.

—Un toque de humor, ¿no le parece?

—Sí, siempre oí decir que usted era un bromista, *sir* David. Peor es que esta vez se ha pasado de la raya.

—La película lo merece, ¿no lo creen así?

—¿Merece esa película que se hayan cometido cuatro horribles muertes? —gritó Aura.

—No se excite, señorita Sherwin. Todo por el arte, es preciso ser comprensivo.

—Y cínico y sádico —dijo ella, indignada, al pensar en las filmaciones de cuatro horribles muertes, que *sir* David contemplaría más tarde, poco menos que relamiéndose los labios de gusto.

—¿Cómo murió Ewell? —preguntó Clinton.

—Ustedes no lo examinaron bien. Alguien le clavó una aguja en el corazón. Luego le pusimos las marcas de los dientes del vampiro en el cuello. No vayan a creer que le vaciamos las venas a sorbos.

—¿Y los perros?

—Estaban preparados, porque sabíamos que alguien intentaría ir a Gaddelly en busca de socorro. Preparados y sin comer desde hacía un par de días. Si, además, pensamos que son muy feroces…

Y Clinton sintió un escalofrío.

—¿También preparó usted la trampa de las lanzas?

—Desde luego. Una escena maravillosa, créanme.

Aura se sentía horrorizada al oír hablar de sus crímenes al autor, con tanta tranquilidad, incluso haciendo alarde de ello, vanagloriándose de llamar arte lo que no era sino una serie de espantosos asesinatos.

—Pero ¿cómo se le ocurrió buscarnos a nosotros? —preguntó Clinton.

—Bien, eran los más indicados. A usted le había comprado un cuadro una vez; en otra ocasión vi a la señorita Sherwin en las oficinas de Brond-Brownstone y Cía., y me acordé de ella. Conocía a Tania, a Nell… Ewell habla sido empleado mío hace años: Graves era amigo de Tania… y Nicky es artista de cine… Pensé que podían ser los protagonistas. —Y nos contrató, vamos a llamarlo así, haciéndose pasar por Mulloney, atrayéndonos con el señuelo de una herencia de quince mil libras.

—Fue un buen cebo, ¿no? —Rió *sir* David.

—Demasiado buen cebo —gruñó el joven—. Oiga, ¿cómo funciona aquí la luz, si no hay generador…?

—La línea de suministro, que viene de Gaddelly, está enterrada a partir de los mil metros de la casa. El bosque oculta los postes.

—Bien, pero ya no podrá seguir con su película…

Crockton lanzó una estentórea carcajada.

¿Lo creen así? Todos ustedes van a morir aquí, tarde o temprano, y yo filmaré sus muertes. ¡Mi película será la obra cumbre de las obras de terror, porque todas las muertes serán auténticas!

Aura se aterró, porque se daba cuenta de que *sir* David estaba desequilibrado, obsesionado con la idea de borrar su fracaso mediante una segunda película.

De repente, Clinton golpeó el tabique con el hacha, a fin de ensanchar el boquete. Crockton pareció adivinar sus intenciones y escapó.

—¡Se ha ido! —exclamó.

—No podrá perseguirle por ahí; tardaría demasiado en agrandar el agujero —dijo Aura.

—Es cierto —reconoció él.

Salió de la bañera y echó a correr hacia el dormitorio. Casi en el mismo instante, la voz de Nicky resonó con agudos trémolos: ¡El vampiro, el vampiro!

* * *

Clinton y Aura llegaron al pasillo. Nicky estaba en la puerta de su dormitorio, terriblemente pálida, señalando hacia el interior.

—Ha escapado por el armario —dijo.

Clinton extendió una mano.

—Quédense aquí —dijo.

Todavía conservaba el hacha en la mano. Podía ser un buen elemento de defensa, pensó.

El armario estaba cerrado. Aura, con la vista fija en el joven, no se percató de que Nicky se separaba de su lado, silenciosamente, con los ojos muy abiertos, fijos en un punto invisible, con la expresión de una demente obsesionada por una idea fija.

Clinton llegó al armario paso a paso y lo abrió de golpe, a la vez que levantaba el hacha. Pero se inmovilizó en esta posición, sin añadir ningún otro gesto ofensivo.

—No está —dijo.

—Tiene que haber algún pasadizo —exclamó Aura.

—Y sólo él lo conoce…

Clinton siguió unos instantes todavía en la misma posición. Luego se volvió hacia Aura.

—Tendremos que registrar todo —dijo.

—Ha dicho que nos matará —gimió ella.

—Aún estamos vivos. Y dudo mucho de que consiga sus propósitos. Podemos pegar fuego a la casa. El fuego ahuyenta a las ratas… y quemará al esqueleto burlón. Cuando vea que Penniston House arde en pompa, tendrá que escapar.

De súbito. Clinton se dio cuenta de una cosa.

—Eh, ¿dónde está Nicky? —preguntó.

Aura se volvió.

—No sé Estaba conmigo hace unos momentos…

El joven se alarmó.

—Esa chica… —rezongó, a la vez que corría hacia la puerta.

Aura le siguió en el acto.

—Dijo que había visto al vampiro —recordó—. Si era *sir* David…

—Puede que lo fuera, pero su obsesión le lleva en estos momentos a la cripta.

Bajaron corriendo los escalones. Mulloney asomó en aquel momento por la puerta de la cocina, con un vaso de leche en una mano y un bocadillo en la otra.

—Eh, ¿adónde van tan deprisa? —exclamó.

Pero no recibió ninguna respuesta, por lo que, alarmado, dejó a un lado la comida y siguió a la pareja.

Nicky llegaba ya al sótano. Tenía las manos a la espalda. En una de ellas se veía la estaca aguzada. La maza estaba en la derecha.

Paso a paso, se acercó al túmulo donde estaba el vampiro.

Aura avanzó un paso, ya al pie de la escalera. Clinton la sujetó por un brazo.

—Déjela —murmuró—. Tal vez esto la libere de su obsesión.

De pronto, Nicky sacó a la vista la estaca y la maza. La punta de la estaca se apoyó en el pecho del vampiro.

Y la maza golpeó por primera vez.

Entonces se oyó un grito horripilante. Espeluznados, Clinton, Aura y Mulloney vieron cómo el vampiro se erguía convulsivamente, con los ojos fuera de las órbitas y el rostro deformado por una mueca de dolor indescriptible.

Nicky golpeó de nuevo, ahora con ambas manos, poniendo toda su fuerza en el empeño. Los alaridos del vampiro eran ensordecedores.

La sangre salpicó por todas partes. Nicky, enloquecida, seguía golpeando. Las manos del vampiro se habían aferrado a la estaca que le traspasaba el pecho, pero los golpes de maza la hundían cada vez más en la carne. De repente, el vampiro, tras un espantoso ronquido, se desplomó hacia atrás.

En aquel momento, se quebró la resistencia de Nicky y cayó sin sentido al pie del túmulo.

Dos hombres aparecieron en aquel momento por el pasadizo de las lanzas. Clinton reconoció a Igor y Brutus, los cómplices de *sir* David, y se aprestó a defenderse con el hacha.

Detrás de él, Mulloney sacó una pequeña pistola.

—¡Quietos! —ordenó—. ¡Levanten las manos o haré fuego!

La orden fue obedecida en el acto. Lleno de curiosidad, Clinton se acercó al féretro, pero dio la vuelta al otro lado. Entonces divisó el maniquí que reproducía la imagen de *sir* David, parcialmente oculto por las telas negras que cubrían el túmulo y lo comprendió todo.

* * *

Igor y Brutus, desmoralizados, habían confesado cuanto habían hecho para ayudar a *sir* David. Todo lo que dijeron concordaba con las suposiciones de Clinton.

Aura bajó del primer piso, donde había atendido a Nicky. Mulloney seguía ocupándose de la vigilancia de los dos sujetos, a los que, para mayor seguridad, Clinton había atado de pies y manos, con unos cordones de las cortinas.

—Está dormida —informó la muchacha—. Creo que se recobrará.

Así está bien —sonrió Clinton—. Ah, he encontrado el pasadizo de su dormitorio. No se entraba por la pared del fondo del armario, sino por el suelo, como si fuese una tapa de baúl.

—Un sistema ingenioso —comentó Aura—. Pero ¿cómo pudo *sir* David situarse en el féretro…?

—Se disfrazaba de vampiro, para que las cámaras tomasen escenas de él mismo y para asustar a Nicky. Pero cuando se dio cuenta de que podía ser perseguido, quitó el maniquí y se colocó en el ataúd, pensando en que así podría engañarnos. Lo que no pensó fue en la obsesión de Nicky, quien a toda costa quería matar al vampiro.

—Yo sospeché de *sir* David en un principio, aunque deseché la idea. Cuando Nell recobró el conocimiento unos instantes, escribió en el suelo, con el índice y su propia sangre, tres letras: DAV… Oh, ella conocía muy bien a *sir* David; tenía motivos suficientes. Y al sentirse morir, quiso declarar lo que había mantenido oculto. Pero luego me pareció absurdo y callé.

Aura hizo un gesto de asentimiento.

Clinton señaló a los prisioneros.

—Lo han declarado todo; conocen bien los pasadizos, incluso el que da a los farallones y permite salir de Penniston House, aunque no haya puente.

—El puente —repitió Aura, meditabunda—. Otro elemento más en la película de terror que quería realizar Crockton.

—Tenemos las filmaciones. Servirán de prueba.

—¿Cuándo iremos a Gaddelly, Clint?

Los ojos de Clinton se dirigieron hacia la ventana.

—Ahora mismo iré yo —contestó—. Los perros están seguros en sus jaulas, en el bosque, junto con el camión-grúa.

Aura sonrió dulcemente.

—No tardes, Clint —rogó.

Clinton fijó los ojos en la muchacha.

—Un pintor y una doctora en Ciencias Exactas —murmuró—. ¿Qué tal resultará esa combinación?

—La geometría pertenece a las Ciencias Exactas, y la pintura, ¿no es geometría también?

El joven se echó a reír.

—Puede establecerse un buen acuerdo —dijo.

—Y duradero —añadió ella.

F I N



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.